

The cover features a detailed illustration. In the foreground, a large, muscular hand is shown writing on a scroll. The hand is rendered in a classical style with strong musculature. The scroll is held taut, and a quill pen is visible on the right side, having just finished writing. The background is a landscape with rolling hills and a large, multi-towered castle or cathedral in the distance. The sky is filled with soft, golden light, suggesting a sunrise or sunset. The overall color palette is dominated by warm tones of gold, brown, and green.

Iván Turguénev

Hamlet y  
Don Quijote

**E** LEJANDRIA

IVÁN TOURGUENEFF

HAMLET

Y

DON QUIJOTE

ANTE LA GUILLOTINA

MI PERRO PEGASO — UN SUEÑO — BASTA

UNA VELADA EN SORRENTO

TRADUCCIÓN DE

TORCUATO TASSO SERRA



BARCELONA

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, NÚM. 20

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# HAMLET Y DON QUIJOTE

**IVÁN TURGUÉNEV**

**PUBLICADO: 1900**

**FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE**

**EDICIÓN: ANTONIO LÓPEZ, BARCELONA, 1900**

**TRADUCTOR: TORCUATO TASSO SERRA**

# ÍNDICE

1. [Portada](#)
2. [Preliminares](#)
3. [Hamlet y Don Quijote](#)

4. HAMLET Y DON QUIJOTE

1. I
2. II
3. III
4. IV
5. V
6. VI
7. VII
8. VIII

5. ANTE LA GUILLOTINA

1. II
2. IV
3. V
4. VI
5. VII
6. VIII
7. IX
8. X
9. XI
10. XII

## 6. MI PERRO PEGASO

## 7. UN SUEÑO

1. I
2. II
3. III
4. IV
5. V
6. VI
7. VII
8. VIII
9. IX
10. X
11. XI
12. XII
13. XIII
14. XIV
15. XV
16. XVI
17. XVII
18. XVIII

8. BASTA

1. I
2. II
3. III
4. IV
5. V
6. VI
7. VII
8. VIII
9. IX
10. X
11. XI
12. XII
13. XIII
14. XIV
15. XV
16. XVI
17. XVII

9. [UNA NOCHE EN SORRENTO](#)

1. [Escena I](#)
2. [Escena II](#)
3. [Escena III](#)
4. [Escena IV](#)
5. [Escena V](#)
6. [Escena VI](#)
7. [Escena VII](#)
8. [Escena VIII](#)
9. [Escena IX](#)
10. [Escena X](#)
11. [Escena XI](#)
12. [Escena XII](#)

# HAMLET Y DON QUIJOTE

A principios del siglo décimo séptimo y en el mismo año, publicáronse la primera edición de la tragedia Hamlet, de Shakespeare, y la parte primera del poema de Cervantes, Don Quijote.

La imaginación se complace en evocar la imagen de los dos poetas contemporáneos, muertos el día mismo, el 26 de abril de 1616.

Todo hace suponer que Cervantes no conoció á Shakespeare, pero el gran trágico pudo leer, en su retiro de Strafford, donde pasó los tres últimos años de su existencia, la célebre novela española, ya vertida al inglés.

¡Shakespeare leyendo el Don Quijote! ¡Qué asunto para trasladado al lienzo por artista pensador!

La aparición simultánea de Hamlet y de Don Quijote es significativa: estos dos tipos son el anverso y el reverso de la naturaleza humana, los dos polos del eje sobre el cual gira aquélla.

¿No pertenecen más ó menos todos los hombres á uno de aquellos dos tipos? ¿No tenemos todos y cada uno algo de don Quijote ó de Hamlet?

Cierto es que en los actuales tiempos abundan más los Hamlets que los Quijotes, pero los últimos no han desaparecido completamente; y es que siempre habrá dos maneras de concebir el

ideal: la una lo coloca fuera de la naturaleza humana; la otra, dentro; ó es el yo el preferido, ó algo ajeno al yo lo estimado.

Estas dos maneras de concebir el ideal, que, en la vida, pueden sucederse en el mismo hombre, se encarnaron en dos tipos opuestos: Hamlet y Don Quijote.

## I

Desde luego hay que dar de lado con la manía de no ver en el hidalgo manchego más que al caballero de la Triste Figura, personaje creado con el fin de ridiculizar los libros de caballería.

Sabido es que la importancia de ese personaje subió de punto bajo la mano de su inmortal creador, y que el don Quijote de la parte segunda—el amable interlocutor de duques y duquesas, el sabio mentor de su escudero,—nada tiene que ver con el don Quijote de la parte primera de la novela, el extravagante y ridículo don Quijote del principio, cuyos tajos y cintarazos constituyen el pan de cada día. Para comprenderlo, es preciso identificarse con el espíritu del libro.

Es don Quijote, sobre todo, el emblema de la fe, de la fe en algo eterno, inmutable, de la fe en la verdad superior al individuo, de la verdad que no se revela á él fácilmente, que exige un culto y sacrificios, y no se da sino tras larga lucha y una abnegación sin límites.

Don Quijote está todo él impregnado del amor del ideal, y para conseguir este ideal, está pronto á arrostrar todas las privaciones, todas las humillaciones, á sacrificar su existencia, que, por otra

parte, sólo tiene para él un mérito, el de ser el vehículo que le permite perseguir el ideal, apropiárselo y hacer triunfar la verdad y la justicia en la tierra.

¿Qué importa que á don Quijote le inspirara tal ideal el fantástico fárrago de los libros de caballería,—que precisamente forma la parte jocosa de su carácter,—si supo desembrollar la idea pura de toda mezcla y conservarla en su integridad?

A don Quijote le habría parecido indigno vivir para sí, cuidar de su persona. Vivió todo entero, si me es permitido expresarme así, fuera de él, para los demás, para sus hermanos, para extirpar el mal, y combatir las fuerzas enemigas del hombre, los gigantes, los encantadores, ó si decimos los opresores de los débiles.

No hay en don Quijote traza de egoísmo; nunca piensa en sí; es todo abnegación y sacrificio; en una palabra, cree, tiene fe y avanza sin mirar hacia atrás ni una sola vez. Por eso es intrépido y paciente, y come poco y mal, y viste míseramente. Ni siquiera tiene conciencia de sus necesidades.

Humilde de corazón, alienta un alma grande y heróica. Su abnegación no menoscaba su libertad; nada vano, no por eso duda de sí, ni de su cometido, ni aun de sus fuerzas físicas; su voluntad es inquebrantable.

Esta tensión continua hacia el mismo hito da uniformidad á su pensamiento, hace exclusivo su espíritu; su saber es limitado, pero él no tiene necesidad de ampliarlo, porque sabe lo que le importa saber, cómo obrar, y el cometido que ha de cumplir. ¿Qué más necesita?

Puede el hidalgo manchego parecer loco rematado, pues la realidad más palpable se derrite como la cera al calor de su entusiasmo y se desvanece. Para él, los muñecos de palo son moros temibles, los conoce claramente, como toma por caballeros armados de punta en blanco á los rebaños de mansos corderos.

En ocasiones don Quijote parece una medianía por su lentitud en compadecer ó en alegrarse; y es que se le hace difícil pasar de un

objeto á otro; semeja un árbol secular al cual sus profundas raíces no permiten mudar de sitio.

Don Quijote no es libre de variar de opiniones, y la firmeza de su sér moral da fuerza y grandeza notables á sus ideas, á sus palabras y á toda su persona, á despecho de las humillantes y grotescas situaciones en que cae constantemente.

El héroe de Cervantes es un apasionado, un fanático, el servidor de una idea que lo envuelve en su brillo.

## II

Hamlet es, ante todo, el análisis y el egoísmo, y aun diré la incredulidad. Sólo

vive para sí, es egoísta, y como tal no puede creer en él, por la razón de que el hombre no puede creer más que en lo ajeno y superior á él.

Con todo eso, el yo, en el cual Hamlet no cree, lo subyuga; es un centro al cual vuelve constantemente, porque no halla en este mundo nada á que aficionarse con toda su alma.

Aquel escéptico está incesantemente ocupado en su propia persona; piensa continuamente en su situación, no en sus deberes.

Hamlet, que de todo duda, no se compadece de sí; su espíritu es demasiado sutil para poder contentarse con lo que en sí halla; reconoce su debilidad, y se complace en flagelarse, y exagera sus faltas, se estudia sin cesar, penetra eternamente en su alma, conoce sus debilidades hasta en sus más mínimos ápices, y las desprecia, y

se desprecia, y á la par vive y se alimenta de este desprecio. Y es que toda conciencia de sí mismo es una fuerza: de ahí la ironía de Hamlet que forma tan marcado contraste con la ardiente fe de don Quijote; de ahí también las contradicciones de Hamlet; el cual no cree en sí, y sin embargo es vanidoso; no sabe qué quiere, ni su vida tiene objetivo alguno, y no obstante está apegado á la vida.

—¡Oh! puede exclamar Hamlet, iderríbese y evapórese como el rocío esta excesivamente robusta carne!... ¡Oh! ¡si el Eterno no hubiese condenado el suicidio! ¡Oh Dios! ¡Cuán fastidiosas, añejas, sosas é inútiles me parecen todas las costumbres de este mundo! ¡Oh vida asquerosa! ¡huerto inculto donde las plantas traen simiente, conjunto de cosas ásperas y groseras!

Pero Hamlet se guarda de sacrificar esa vida fastidiosa y gastada; sueña todavía largo tiempo en el suicidio, antes de la aparición del espectro de su padre, mucho antes de ser investido del terrible ministerio que ha de aniquilar su ya quebrantada voluntad;—y á pesar de todo no se mata.

El amor de la vida se abre paso hasta en sus pensamientos de suicida. Todos los mozos de diez y ocho años conocen eso.

«Es la sangre que hierve, la savia que se desborda.»

Sin embargo, no hemos de mostrarnos excesivamente severos con Hamlet; padece, y sus padecimientos son más dolorosos y más punzantes que los de don Quijote. Si al hidalgo manchego, después de haber libertado á algunos cautivos, éstos lo maltratan, y groseros pastores lo aporrean á porfía, Hamlet se maltrata á sí mismo y se desgarrá; también él empuña una espada, la espada de dos filos del análisis.

Hay que convenir que don Quijote es ridículo; su figura es quizá la más cómica de cuantas han inventado los poetas. Su nombre se ha hecho un apodo divertido hasta en boca del mujick, y evoca en todo el mundo la imagen de un personaje amojamado, huesudo, de nariz corva, envarado en su coraza, verdadera caricatura del caballero y montado en un esqueleto de caballo, en el desgraciado Rocinante,

siempre maltratado, siempre hambriento, y por el cual no puede uno menos de sentir una como compasión entre divertida y sincera.

Sí, don Quijote mueve á risa, pero á risa que integra una virtud conciliadora, una expiación. Si encierra una verdad el dicho: «De aquel te ríes á quien servirás», puede añadirse: «Cuando te ríes de alguien, ya lo has perdonado, y aun estás no dos dedos de quererlo.»

La figura de Hamlet, al contrario, es atractiva; su melancolía, su palidez y su ligera gordura predisponen á su favor. Su traje de terciopelo negro, la pluma de su sombrero, su finura, su elocuencia y el sentimiento constante de su superioridad que se trasluce en su lenguaje á pesar de sus esfuerzos en humillarse; todo en él nos halaga y nos cautiva. No hay quien no se lisonjee de que le comparen con Hamlet, y nadie aspira á que lo califiquen de don Quijote.

¿A quién se le ocurriría burlarse de Hamlet? A nadie, y esta es su condenación. Es imposible quererlo, por la razón de que él á nadie quiere.

Todos simpatizamos con Hamlet, porque con más ó menos fidelidad nos vemos todos en él retratados.

Hamlet es hijo de rey, de un rey asesinado por su propio hermano que le ha usurpado el trono; el soberano asesinado sale de la tumba, «de las quijadas del infierno», para ordenar á su hijo que lo vengue. Pero Hamlet titubea, y usa de astucias consigo mismo, y á sí mismo se devora con voluptuosidad cruel, y cuando hiere á su suegro, dirige la casualidad su brazo.

Este profundo rasgo fisiológico no siempre ha sido comprendido, y críticos ilustres, pero un poco superficiales, se lo han echado en cara á Shakespeare.

Don Quijote, pobre, casi indigente, sin recursos, relaciones ni familia, viejo, solo y esclavo de sí mismo, toma á su cargo el enderezar los entuertos y defender á los oprimidos del universo mundo, para él extraños.

Poco le importa que su primera tentativa de redención haga caer dos desventuras en lugar de una sobre la cabeza del inocente á quien se ha propuesto proteger. Así es que cuando sustrae un niño al castigo que le aplica su amo, no sospecha que tan pronto ha vuelto él la espalda, el amo redobla el castigo.

Nada le importa tampoco su engaño cuando en la creencia de combatir á maléficos gigantes embiste contra unos molinos de viento utilísimos.

El lector superficial sólo saborea lo jocoso de tales Escenas, no su sentido profundo y oculto.

Jamás por jamás consumiría su sacrificio quien en el instante de sacrificarse quisiese prever las consecuencias posibles de su acción y calcular su utilidad.

Hamlet, previsor, astuto y escéptico, no puede caer en los groseros errores que el hidalgo manchego; no tomará molinos de viento por gigantes, pues no cree en éstos, y, por otra parte, si los encontrase, los dejaría en sosiego. Tampoco afirmará como don Quijote que la bacía del barbero es el yelmo de Mambrino, ni la ostentará en presencia de todos; pero asimismo desconocería la Verdad aunque ésta se le presentase en forma humana... «¿Quién sabe?, dirá; tal vez pase con la Verdad lo que con los gigantes, que no los hay.»

La credulidad de don Quijote nos hace sonreír, y, sin embargo, ¿quién, después de un verdadero examen de conciencia, se atrevería á afirmar que siempre ha sabido discernir la bacía del barbero del yelmo del mágico?

Por eso importa una sola cosa: la sinceridad y la eficacia de la convicción. En cuanto al resultado, queda en manos del Destino, único que puede decirnos si hemos batallado contra un espectro ó contra enemigos reales y darnos á conocer el casco conque nos hemos cubierto la cabeza.

El deber consiste en requerir las armas y en luchar.

### III

Interesante es el estudio de las relaciones de Hamlet y de don Quijote con el vulgo.

Al lado de Hamlet, Polonio representa al vulgo, y Sancho Panza llena el mismo papel junto á don Quijote.

Polonio es un viejo capaz, práctico, sensato, con ser al mismo tiempo de cortos alcances y excesivamente prolijo. Excelente mayordomo, es padre ejemplar, como se ve por los consejos que da á su hijo Laerte al salir éste para el extranjero. Pueden tales consejos compararse con las disposiciones y las sentencias dictadas por la sabiduría del gobernador Sancho Panza en su ínsula Barataria.

A los ojos de Polonio, Hamlet tiene más de niño que de loco, y de no haber sido Hamlet hijo de rey lo habría despreciado á causa de su absoluta inepticia y de su impotencia en poner en ejecución sus ideas. La Escena tan á menudo citada de la nube, apoya esta interpretación:

POLONIO. (Acto III, Escena II) Monseñor, la reina quisiera hablar con vos luego á luego.

HAMLET. Voy. ¿Ves aquella nube que tiene casi la forma de un dromedario?

POLONIO. Por la misa que es un dromedario hecho y derecho.

HAMLET. Me parece que es como una comadreja.

POLONIO. Sí, tiene el lomo de comadreja.

HAMLET. O como el de la ballena.

POLONIO. Cierto es, como el de la ballena.

HAMLET. Pues dentro de poco iré á ver á mi madre.

Es evidente que Polonio es, en una pieza, cortesano ganoso de complacer al príncipe y hombre razonable que no quiere contrariar al niño enfermo y caprichoso. Polonio no cree palabra de cuanto dice Hamlet, y hace bien; cree asimismo que la locura de Hamlet se origina del exceso de su amor por Ofelia; indudablemente se engaña, y con todo eso siempre juzga acertadamente el carácter del príncipe.

¿Qué aprovechan los hombres como Hamlet al pueblo? nada le dan, ni lo conducen á ninguna parte, porque ningún fin persiguen.

Además, los Hamletos desprecian al vulgo, por la razón de que quien á sí no se estima no puede querer á los otros. Esto sin contar que á los ojos de Hamlet no merece el vulgo que en él se ocupen, porque es tan grosero y tan desaseado!

Hamlet no es únicamente aristócrata por su cuna.

Sancho Panza ofrece muy otro aspecto que Polonio. Se burla de don Quijote, sabe que éste está loco; pero por tres veces deja pueblo, casa, mujer é hija para seguir al loco aquel, aguantar por él toda clase de vejaciones. Hasta la muerte se muestra Sancho fiel á su amo; cree en él, y de él está orgulloso, y solloza arrodillado á los pies del lecho donde expira el hidalgo.

No hay que buscar las causas de tal fidelidad en el interés, en el afán de lucro. Sancho Panza tiene demasiado buen sentido para no comprender que el escudero de un caballero andante sólo puede esperar estacazos por toda recompensa.

Sancho obedece á un móvil más elevado; su fidelidad arraiga en la sublime calidad que posee el vulgo, la de abrazar ciegamente una causa honrada y buena,—¡ay! también tiene otras cegueras,—en su facultad de entusiasmarse por todo lo grande, olvidando su propio interés; lo cual, para el pobre, significa olvidar lo necesario.

Es esta una gran cualidad de importancia inapreciable y universal. El vulgo acaba siempre por aclamar y seguir, con fé ilimitada, á los hombres á quienes en un principio ha escarnecido y á los cuales más ha maltratado y maldecido, si tienen el valor de arrostrar sus

persecuciones, sus maldiciones y sus befas, sin detenerse ó sin acortar el paso, puestos los ojos en el hito que únicamente ellos pueden discernir; buscan incesantemente, caen, se levantan, y, por fin, hallan, como es justo, pues el corazón es el que halla.

Largo tiempo hace que Vauvenargue dijo que «del corazón arrancan los grandes pensamientos.»

Los hombres como Hamlet, al contrario, nada hallan ni descubren, ni dejan de su paso por el mundo otra cosa que el recuerdo de su propia personalidad; no legan herencia espiritual.

Como no aman ni creen, ¿qué han de hallar?

## IV

Las relaciones del príncipe de Dinamarca y de don Quijote con la mujer no son menos características.

Don Quijote ama á una criatura imaginaria, Dulcinea, y está pronto á morir por ella; vencido, derribado, bajo la presión de la rodilla de su vencedor, exclama: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.» El hidalgo ama pura é idealmente, hasta el punto de que nunca sospecha que el objeto de su pasión no existe; cuando Dulcinea se le presenta bajo la forma de una aldeana rústica y nada limpia, no da crédito á sus ojos y declara que aquélla ha sido trasformada por los maleficios de un encantador.

También yo he visto durante mi existencia á más de dos hombres que han dado su vida por una Dulcinea imaginaria ó por algo que ellos creían grande y bello y era vulgar y mancillado; y cuando han visto desvanecerse el ideal ante la realidad, también han acusado de esta transformación á los malos, á los accidentes desastrosos, iba á decir á los encantadores.

Sí, yo he visto á hombres como esos, y una vez haya desaparecido su raza, al cerrarse el libro de la historia... nada le quedará ya que enseñarnos...

En don Quijote no hay ni sombra de sensualismo, todos sus sueños son puros y castos; y aun es dado creer que en lo íntimo de su corazón no espera poseer á Dulcinea, antes parece temer esta unión.

¿Y Hamlet? ¿Es capaz de amar? ¿Por ventura su ingeniosísimo creador, aquel conocedor profundo del corazón humano, habría dado á un egoísta, á un escéptico henchido del sutil veneno del análisis, un corazón amante y fiel?

No; Shakespeare no incurrió en esta contradicción, y el lector atento descubrirá sin trabajo que Hamlet es sensual y aun, en secreto, libertino; no sin intención el cortesano Rosenkrantz se sonríe maliciosamente cuando Hamlet dice en su presencia que las mujeres se han vuelto para él importunas.

Por último, el mismo Shakespeare nos declara que su héroe no sabe amar, que simula el amor, y aun tibiamente.

En la Escena primera del acto tercero, Hamlet dice á Ofelia:

«Te amé un día.»

OFELIA. Así me lo hacíais creer, príncipe.

HAMLET. Era menester que no lo creyeses... Nunca te he amado.

Al proferir estas palabras, Hamlet es más verídico que él no cree.

A menudo el príncipe siente por Ofelia, inocente y pura como una santa, de un modo cínico, por ejemplo, cuando solicita de ella

licencia para reclinar la cabeza en sus rodillas, y para expresar su amor sólo halla palabras redundantes y enfáticas. Por eso exclama: «Cuarenta mil hermanos no pueden amarla como yo. Amontonad sobre mí millones de montañas.»

En sus relaciones con Ofelia únicamente piensa en sí, sólo se ocupa en su personalidad, y en esta exclamación: «Oh ninfa, ruega por mí!» sólo vemos un profundo sentimiento de su propia personalidad, de su incapacidad de amar; y la conciencia de esta debilidad es lo que le obliga á hincar supersticiosamente la rodilla ante «la santidad de la pureza.»

## V

No insistamos sobre las tenebrosidades del carácter de Hamlet, por más que nos sean tanto más comprensibles cuanto más nos interesan, y veamos de apreciar lo que en él hay de humano y, por ende, da inmutable.

Hamlet encarna el elemento de la negación, elemento que otro poeta nos ha presentado bajo el tipo de Mefistóteles. Hamlet es Mefistóteles encerrado en el más pequeño círculo de la naturaleza humana; por donde, en el héroe de Shakespeare, la negación no es un mal, pues lucha contra el mal. El escepticismo del príncipe duda del bien, pero no pone en tela de juicio la existencia del mal, contra el cual emprende aquél una lucha á muerte. Hamlet duda del bien, ó mejor dicho, no se fía de él; no cree en su realidad, en su sinceridad; lo ataca, no porque es el bien, sino porque lo toma por un falso bien; un disfraz bajo el cual se esconden el mal y la mentira.

No es la de Hamlet la risa diabólica y sin compasión de Mefistófeles; en su sonrisa más amarga se trasluce la melancolía, una tristeza que nos revela sus dolores y con él nos reconcilia.

El escepticismo del príncipe dinamarqués no es la indiferencia, sino lo que constituye su valer y su trascendencia; el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, lo hermoso y lo feo no se confunden para él en algo accidental, ciego é inconsciente. Hamlet, á la par que se niega á creer en la inmediata realización de la justicia, entabla una lucha encarnizada contra la injusticia y se convierte en uno de los principales campeones de la verdad en la que no puede creer enteramente. Pero, como el fuego, la negación encierra una fuerza devastadora; y ¿cómo mantener esta fuerza en sus justos límites? ¿Cómo mostrarle dónde ha de detenerse, qué ha de destruir y qué respetar cuando ambas cosas están unidas por indisoluble lazo?

Aquí es donde, como se ha observado con frecuencia, se descubre la parte trágica de la naturaleza humana; para obrar, es preciso querer y pensar; pero la voluntad se ha separado del pensamiento, y este divorcio es cada día más profundo.

«Así es como el vivo color de la voluntad natural desaparece al pálido reflejo del pensamiento», dice Shakespeare por boca de Hamlet.

Hé ahí por qué vemos de un lado á los Hamletos pensativos, concientes, que todo lo comprenden y abarcan y al mismo tiempo son inútiles, y están condenados por la esencia de su sér á la inmovilidad; y del otro lado á los semi-locos, á los Quijotes que no son útiles á la humanidad y no la hacen avanzar sino porque ellos no ven sino un punto del horizonte, punto que suele no existir en realidad como ellos lo ven.

## VI

Un lor inglés, buen juez en la materia, decía que don Quijote era espejo de caballeros. Y en verdad, si la sencillez y los modales sosegados son el distintivo de un hombre bien educado, tiene don Quijote derecho á este título. El ilustre manchego es un hidalgo cumplido, que no deja de ser dueño de sí ni aun en el crítico instante en que la servidora del duque, para burlarse de él, so pretexto de hacerle la barba, lo jabona de lo lindo y jabonado lo deja. La sencillez de sus modales proviene de la ausencia en él de lo que llamaremos, no ambición, sino una levantada opinión de sí mismo.

Nunca don Quijote se preocupa con su persona, se respeta á sí y respeta á los demás; no se le ocurre alardear, mientras que Hamlet, con rodearlo un cortejo principesco, á las veces tiene trazas de advenedizo; turba, es inquieto, y en ocasiones impertinente; se gallardea y hace burla de los demás. Pero á la par posee el don de expresarse con originalidad y energía, facultad inherente á cuantos reflexionan y analizan, razón por la cual tal facultad falta á don Quijote. Cierto es que Hamlet ha estudiado en la universidad de Wittemberg y que su penetración y su sutileza de análisis débense en parte á la variedad de sus conocimientos; tiene el gusto formado y casi irreprochable, y es crítico excelente, y sus consejos á los cómicos son notables por su precisión y por la viveza de ingenio que revelan. En él, el sentimiento de lo bello es tan grande como lo es el del deber en don Quijote.

El hidalgo manchego respeta profundamente todas las instituciones preexistentes: la religión, la monarquía, la nobleza, y, al mismo tiempo, quiere ser libre y reconoce la libertad de los demás.

Hamlet, al contrario, injuria á los reyes y a los cortesanos y guarda una conducta tiránica é intolerante.

Don Quijote apenas sabe leer, y Hamlet es indudable que ha escrito el diario de su vida; el hidalgo manchego, mal su ignorancia, tiene muy definidas ideas sobre la cosa pública, ó si decimos el Estado y la administración; al príncipe dinamarqués no le queda vagar para formarse una opinión y eso le importan las teorías.

## VII

Hase criticado grandemente á Cervantes por los innumerables estacazos que hace llover sobre don Quijote.

En la parte segunda de la novela, el desventurado caballero, como ya lo hemos hecho observar, no recibe golpe alguno. Con todo eso no se olvide que las tribulaciones del hidalgo contribuyen muy mucho á amenizar la narración, que sin ese ingrediente gustaría menos á los mozos, y que á nosotras mismos el héroe se nos ofrecería desde un punto de vista falso, y nos parecería frío, arrogante, en contradicción con su carácter.

Acabamos de decir que el glorioso Manco, en la parte segunda de su poema no aporrea á don Quijote; sin embargo, al final, después de la derrota del hidalgo, vencido por el caballero de la Blanca Luna, cuando el de la Mancha renuncia á la andante caballería, poco antes de su muerte, vese hollado por una piara de puercos.

Este episodio ha provocado muchas críticas, y se ha echado en cara á Cervantes el repetir añejas burlas, pero sin razón, pues á aquél lo guió felicísimamente el instinto de su ingenio: el burlesco

lance de los puercos encierra un sentido profundo. Siempre los Quijotes se ven hollados por los puercos, sobre todo en sus postrimerías; es el tributo supremo que les corresponde pagar al destino grosero, á los hombres que no los comprenden y quedan indiferentes é insolentes..., es la bofetada de fariseo. Después de haberla recibido, pueden morir en paz, han pasado por todo el fuego del crisol, han conquistado la inmortalidad, que se abre á sus ojos.

Hamlet, llegado el caso, puede mostrarse astuto y aun feroz, como en su discurso sobre la muerte de Polonio, á quien acaba de matar.

Por otra parte, hemos de reconocer en don Quijote, honrado y justo, una propensión semi consciente y semi inocente al engaño, á la ilusión.

Lo que á nuestros ojos enaltece más á Hamlet, es la amistad de Horacio. Este carácter es excelente y, para honra de nuestros tiempos, lo encontramos con frecuencia en nuestra sociedad. Horacio es el tipo del discípulo, en la mejor acepción de la palabra. De carácter estoico y recto, y corazón expansivo, Horacio tiene la inteligencia algo limitada, siente su debilidad, y es modesto, cualidad rarísima en las inteligencias limitadas. Está igualmente ávido de instruirse, y reverencia al ingenioso Hamlet y se aficiona á él con toda la energía de su alma, sin reclamar correspondencia. Lo obedece no porque es príncipe, sino á canoa de su superioridad.

Uno de los más importantes servicios que los hombres como Hamlet prestan á la humanidad, es el formar y desenvolver á hombres como Horacio. El cual halla en el príncipe las semillas del pensamiento, las hace fructificar en su corazón y las desparrama por el universo mundo.

Las palabras conque Hamlet reconoce el valer de Horacio, lo honran, pues expresan la elevada idea que él se forma de la dignidad del hombre, y prueban que sus aspiraciones son tan encumbradas, que nada puede contra ellas el escepticismo.

Un escéptico de buena fe siempre estima á un estoico. Cuando el mundo antiguo se venía abajo en ruinas, y en todos los tiempos revueltos, los hombres de valer se arrojaban en brazos del estoicismo, como único refugio en que no podía quedar aniquilada la dignidad humana. Cuando los escépticos no tenían el valor de partir «para la región de la que ningún viajero torna», se volvían epicúreos.

Fenómeno triste y comprensible y sobrado conocido.

## VIII

Hamlet y don Quijote mueren ambos de un modo patético, pero icuán diferente es su respectivo fin!

Las postreras palabras del príncipe son hermosas; se humilla, se tranquiliza, ordena á Horacio que viva y se declara á favor del joven Fortimbrás. Su mirada no descubre lo venidero; «todo lo demás es silencio», dice el escéptico al morir, y, en realidad, se calla para siempre.

La muerte de don Quijote abisma al alma en ternura inefable. En tan supremo instante, se revela á los ojos de todos toda la grandeza y toda la significación de aquel personaje.

Cuando, para consolar á su amo, Sancho Panza le dice que pronto saldrán en busca de nuevas aventuras, responde el moribundo: «Ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño: yo fui loco y ya soy cuerdo. Ya yo no soy D. Quijote, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno.»

Sorprendentes palabras; este nombre, mencionado por primera y última vez, conmueve al lector. Sí, es la única palabra que aun conserva su valor en presencia de la muerte.

Todo pasa, todo desaparece: los títulos más encumbrados, el poder, el ingenio que todo lo abarca... todo se deshace en polvo.

«Cuanto era grande sobre la haz de la tierra se dispersa como el humo.»

Pero las buenas obras prevalecerán; son más duraderas que la hermosura.

«Todo pasará, dijo el apóstol, solamente perdurará el amor.»

## ANTE LA GUILLOTINA

Cierto día del mes de enero de 1870, comía yo en París, en casa de un mi amigo queridísimo, cuando Máximo Du Camp me hizo una proposición inesperada, quiero decir que me preguntó si me hallaba dispuesto á presenciar la ejecución de Troppmann, y me ofreció hacerme admitir entre los pocos privilegiados que tenían autorización para entrar en la cárcel.

Todavía está vivo el recuerdo del crimen cometido por el famoso asesino; y en los instantes á que arriba aludo, los parisienses no hablaban de otra cosa que de Troppmann, dando de lado, para no ocuparse más que en él, el nombramiento del sendo parlamentario Ollivier, y el asesinato de Víctor Noir, muerto á manos del príncipe Bonaparte, que con escándalo universal fué absuelto.

En los escaparates de todas las papelerías campeaban, alineados, multitud de retratos del ilustre asesino de Pantín, joven de frente despejada, ojos negros y labios abultados.

Ya hacía algunos días que, anochecido, se veían en la plaza de la Roquette blusas ennegrecidas por el trabajo: eran obreros que iban á ver si levantaban la guillotina, y los cuales, engañados en su espera, se re tiraban mucho después de media noche.

La invitación de Máximo Du Camp me cogió á la improvisa, y la acepté sin reflexión. Prometí encontrarme, á las once de la noche, junto á la estatua del príncipe Eugenio, en el bulevar de este nombre; pero llegada la hora, me arrepentí de haber contraído tal compromiso; mas era ya demasiado tarde para volverme atrás.

—Acaso creerían que tengo miedo, dije entre mí, movido por una vergüenza mal entendida.

Para expiar mi flaqueza, y anheloso de que mis observaciones aprovechen á los demás, voy á referir cuanto presencié, á evocar en mi recuerdo todas las impresiones penosas de aquella noche. Quizá de esta suerte llenaré algo más que la curiosidad del lector, que tal vez sacará doctrina de mi relato.

## II

Al llegar Máximo Du Camp y yo al pie de la estatua del príncipe Eugenio, ya nos aguardaban allí varios caballeros, entre los cuales figuraba el renombrado jefe de policía Claude, á quien Máximo me presentó. Los demás eran invitados privilegiados, como yo, casi todos ellos gacetilleros ó periodistas...

Máximo me anunció que pasaríamos la noche en la habitación del alcaide de la cárcel.

En invierno las ejecuciones se efectúan á las siete de la mañana, pero hay que estar presente en el teatro de la tragedia antes de media noche, si no, es imposible abrirse paso al través de la apiñada muchedumbre.

Desde la estatua del príncipe Eugenio hasta la cárcel de la Roquette, hay á lo sumo 500 metros. Todavía no pasaba nada insólito, solamente los bulevares estaban un poco más animados que de costumbre; los viandantes llevaban todos la misma dirección, y las mujeres andaban también apresuradamente. Olvidábaseme decir que los cafés y las tabernas estaban aún alumbrados, cesa

extraordinaria, en hora tan avanzada, en los barrios extremos de la gran metrópoli.

Con no estar neblinosa la atmósfera, ni llover, ni helar, la noche era lóbrega, húmeda y helada: una verdadera noche de enero en París.

El jefe de la policía secreta nos advirtió haber llegado la hora de ponernos en camino, y nos salimos. Claude conservaba la serenidad y la soltura de quien vaca á sus habituales ocupaciones, y en quien ejecuciones tales no inspiran otro deseo que el de Henar lo más aprisa posible su cometido.

Claude, rayano en los cincuenta, de cráneo esférico, fornido de miembros, rechoncho, y de facciones sin relieve como las de una miniatura, llevaba los cabellos al rape, y llamaba la atención por la extraordinaria amplitud de su frente, su barbilla y su cogote; su voz áspera y sin inflexiones, sus ojuelos overos, sus fuertes y cortos dedos, sus musculosas piernas y todos sus movimientos, firmes y acompasados, revelaban una energía y una voluntad inquebrantables. Dicen que el tal es habilísimo en su profesión, y que ladrones y asesinos lo temen grandemente. Les delitos políticos no caen bajo su jurisdicción. Su compañero el señor G., de quien también me ha hablado con elogio Máximo Du Camp, es de modales más finos, y parece afeminado y sentimental.

Excepto Claude y el señor G., y quizá también Du Camp, todos estábamos en brasas, casi nos avergonzábamos de encontrarnos allí, y andábamos como en la caza, muy empinados, á la deshilada.

Conforme nos acercábamos á la Roquette aumentaba en nuestro camino la concurrencia, que sin embargo no era todavía lo que puede llamarse muchedumbre. No se oía ningún grito, ni siquiera una conversación ruidosa; «el espectáculo» aun no había empezado. En la plaza se veían muchos golfos que, con la gorra echada sobre la nariz, iban de acá para allá andando del modo mandria y receloso que sólo se ve en París, y que, en un cerrar de ojos, se transforma en veloz carrera parecida, en los saltos, á la de los simios.

— ¡Aquí está!... ¡Aquí está!... ¡Es él... vocearon algunos á nuestro derredor.

—¡Hombre! me dijo de pronto Máximo Du Camp, lo toman á V. por el verdugo.

—Los comienzos prometen, dije para mis adentros.

El verdugo de París, al cual conocí horas después, es de mi estatura y tiene tan canos como yo los cabellos.

Por fin descubrimos un espacio larguísimo, aunque no muy ancho, limitado á una y otra parte por dos edificios con trazas de cuartel, sombríos y de arquitectura vulgar. Uno de ellos era la casa de los jóvenes reclusos; el otro, el de la derecha, servía de depósito para los reos de la cárcel de la Roquette.

En el centro de la plaza de la Roquette había cuatro filas de soldados, y á retaguardia de éstos, á veinte pasos, había otras cuatro filas. Suele la tropa no figurar en las ejecuciones; pero en la de Troppmann el gobierno, á causa de la exacerbación de los ánimos, sobreexcitados por el asesinato de Víctor Noir, en la creencia de que la policía era insuficiente para mantener á raya á la muchedumbre, tomó disposiciones extraordinarias.

Las puertas principales de la Roquette daban derechamente al centro de la plaza acordonada por la tropa, y por delante de aquellas puertas se paseaban lentamente varios alguaciles; un oficial, joven y de aventajada estatura, que ostentaba quepis ricamente bordado, se vino á nosotros con impetuosidad que me recordó la policía de mi patria; pero se calmó luego á luego de haber conocido á los suyos.

En esto entreabrieron la puerta de la cárcel, y con grandes precauciones nos introdujeron en el cuerpo de guardia. Una vez en él, fuimos objeto de un registro minucioso y de un largo interrogatorio, y llenada esta formalidad, nos hicieron cruzar un gran patio interior y un patín, al que daba la habitación del alcaide, el cual nos estaba aguardando.

Era, el tal, hombre robusto, alto de cuerpo, de bigote y perilla entrecanos, y tenía el rostro típico de los oficiales de infantería: nariz aguileña, ojos inmóviles de bestia fiera, y minúsculo el cráneo. Aquel sujeto nos acogió con amabilidad y sencillez; pero á pesar suyo sus ademanes y sus palabras revelaban al instrumento ciego de su amo, al instrumento capaz de cumplir sin titubear la orden más feroz. Por lo demás, aquel hombre había dado ya pruebas de su adhesión en la noche del 2 de Diciembre; él era el que con su batallón había invadido la imprenta del Monitor.

El alcaide nos cedió galantemente su habitación, situada en el segundo piso del cuerpo principal, y que se componía de dos piezas regularmente amuebladas. En las chimeneas ardía una buena lumbre. Una galguita que tenía lastimada una pata, andaba cojeando de una alfombra á otra, mientras meneaba el rabo y nos miraba con expresión de tristeza, como si también ella se sintiese encarcelada.

Los invitados éramos ocho, á algunos de los cuales, como á Sardou y Alberto Wolf, los conocí por haber visto antes sus fotografías.... Pero no sentí ni el más mínimo deseo de dirigirles la palabra.

Sentado que nos hubimos en el salón, Máximo Du Camp se acercó á Claude.

Dicho se está que Troppmann fué el único objeto de la conversación, el centro de todos nuestros pensamientos.

—El reo, nos dijo el alcaide, se amodorró anoche, á las nueve, y aun está durmiendo apaciblemente. Troppmann presiente la recusación de su recurso de indulto, y solicita de mí la verdad sobre este extremo, y persiste en declarar que tuvo cómplices á los cuales se niega á nombrar. Indudablemente, en el momento decisivo, Troppmann se atemorizará, pero hasta ahora come apetitosamente y no pide libro alguno.

Algunos de los presentes en el salón preguntábanse si podía darse crédito á las afirmaciones de aquel criminal, que hasta entonces no

había hecho sino mentir descaradamente, y volvió á salir á colación y con todos sus pormenores el asesinato. ¿Qué decían del cráneo de Troppmann los frenólogos?... Hablóse de la pena capital... pero la conversación era lánguida, los presentes discutían con frialdad, sin convicción, echando mano de muchos lugares comunes, y al menor pretexto se interrumpían sin anudar el discurso... Era imposible hablar de otra cosa que del acontecimiento de aquella noche; lo imponía el respeto involuntario que la muerte inspira y el respeto por aquel sér humano condenado á padecerla. Todos estábamos vagamente inquietos; no que nos aburriésemos; pero aquel malestar indefinible, aquella ansiedad devoradora, eran imponderablemente más penosos que el tedio... parecía que aquella noche iba á ser eterna.

En cuanto á mí, sólo echaba de ver una cosa, y es que no me cabía el derecho de estar allí en la hora aquella; que mi presencia en tal sitio no la podía justificar ninguna consideración psicológica ni moral.

Claude, que se había ausentado, tornó al salón, y nos dijo que el famoso Jud se le había escapado de entre los dedos, pero que no desesperaba de echarle nuevamente las manos, si aun vivía.

Prontamente se oyó el pesado rodar de una carreta, y pocos minutos después nos comunicaron que acababa de llegar la guillotina.

Como si hubiésemos temido que se nos escapase la ocasión de ver al fatal instrumento, nos bajamos todos apresuradamente á la calle.

## IV

A la puerta de la cárcel había un furgón sólido y cerrado, con tres caballos uncidos á él, seguido de otro furgón, pequeño y bajo, de dos ruedas y en forma de caja prolongada. Este último furgón estaba destinado, como luego supimos, á recibir el cadáver del reo, inmediatamente después de la ejecución, y á trasportarlo al cementerio.

Varios obreros con blusas cortas rodeaban el furgón y atendían las órdenes que á media voz les daba un sujeto alto que os" tentaba sombrero, corbata blanca y un ligero paletó echado sobre los hombros... Aquel sujeto era el verdugo, y con él cruzaban cortesías todas las autoridades, incluso el alcaide y el oficial del quepis bordado.

—Hola, señor Indric; muy buenas, señor Indric, decían á aquel hombre, alsaciano de nacimiento y cuyo verdadero nombre era Heidenreich.

También yo me acerqué al verdugo, que por el pronto llamó á sí la atención de todos.

La manera como uno y otro se llegaban á Indric decía claramente: «No hacemos ascos de V., pues es V. personaje de campanillas;» y aun algunos, indudablemente para mayor refinamiento, le estrechaban la mano, que por cierto la tenía aquél notablemente blanca y hermosa.

Indric era de modales sencillísimos, apacible y cortés, no sin cierta compostura patriarcal. Echábase de ver que el tal comprendía que en aquella noche era, después de Troppmann, el personaje que más interés nos inspiraba; el primer ministro del reo.

Los obreros abrieron el furgón, sacaron de él las diferentes piezas que componen la guillotina y empezaron á montarla á quince pasos de la puerta de la cárcel, alumbrados por los faroles del carruaje, que, puestos en el suelo, proyectaban pequeños círculos luminosos en los esquinados adoquines.

Consulté mi reloj; apenas era la media para la una. Las tinieblas se habían hecho aún más densas, y el frío arreciaba más y más. La concurrencia era ya más que mediana, y á retaguardia de los soldados que circuían la plaza, frente á la cárcel, se elevaba un indefinible murmullo de voces humanas.

Acerquéme á los soldados, que inmóviles y un poco apiñados habían descompuesto ligeramente la simetría de la alineación, y en sus rostros no vi más expresión que la del tedio, pero de un tedio frío, resignado, paciente. Igual expresión, acompañada de una vaga sonrisa de espera, reflejábase en los rostros de los obreros y de cuantos me era dable divisar entre los morriones, los uniformes de los soldados, y los tricornios y los capotes de los agentes de policía.

Más allá se agitaba y se estrujaba la muchedumbre, que á intervalos prorrumplía en desaforadas voces, diciendo:

«!Eh! iTroppmann! ieh! iLambert! pues la hiciste, págala.»

Luego el pueblo soberano silbaba, se empujaba y disputaba para abrirse paso; todo acompañado del estribillo de una canción cínica que serpeaba de boca en boca.

Prontamente hendió los aires una risa aguda que levantó un clamor, y después se produjo un ruido indefinible como si millares de patos aleteasen chapuzando. El «verdadero espectáculo» aun no había empezado: no se oían los gritos antidinásticos que todos esperaban, ni el tempestuoso canto de la Marsellesa.

Acerquéme á la guillotina, á la que iban levantando paulatinamente. Un caballero de rostro agradable, de rizados cabellos y tocado con un hongo blando y ceniciento, un abogado, si mal no me acuerdo, estaba allí perorando con vehemencia, mientras alargaba con ademán monótono la mano derecha con el índice

envarado y la movía de arriba abajo como si hubiese marcado el compás. Aquel hombre, que á cada movimiento doblaba las rodillas, como abrumado por el peso de la convicción, se empeñaba en probar á dos individuos cercanos á él, que Troppmann no era un asesino, sino un maniático.

—Un maniático, digo, exclamaba el abogado, y voy á probárselo á Vds. Sigán ustedes mi raciocinio, vociferaba; el móvil de Troppmann no era el asesinato, sino un orgullo que no vacilo en calificar de desmedido... Sigán Vds. mi raciocinio...

Los oyentes del abogado seguían su raciocinio; pero á juzgar por sus fisonomías no estaban persuadidos. Y el obrero que montaba la guillotina le miraba de arriba abajo con no disimulado menosprecio.

## V

De nuevo en la habitación del alcaide, donde habían vuelto á reunirse algunos de mis amigos, nuestro amable hospedador hizo servir vino caliente.

Troppmann continuaba siendo el único tema de la conversación.

—¿Qué sentirá el reo, en la hora de ahora? se preguntaban unos á otros. ¿Llegará hasta su calabozo, á pesar de los gruesos muros que lo aíslan, el alboroto de la calle? ¿Persiste su sueño?...

El alcaide nos mostró un gran montón de cartas dirigidas á Troppmann, el cual, según nuestro hospedador afirmaba, se negaba á leerlas. La mayor parte de aquellas cartas estaban llenas de chocarrerías ó mofas; algunas contenían exposiciones formales y

pedían al reo que confesase su delito y se arrepintiese, y un pastor metodista le enviaba una disertación teológica de veinte páginas. Había también cartas de escritura femenina, y ramos de belloritas y siemprevivas.

Claude, el alcaide, nos dijo, además, que el farmacéutico de la cárcel había enviado á las autoridades una carta que Troppmann consiguiera hacerla llegar á manos de él, y en la cual le pedía veneno. A pesar de la complacencia de Claude, advertí que éste no comprendía «porqué nosotros nos interesábamos por un animal tan malvado y dañino» como Troppmann. A los ojos del alcaide nosotros no éramos más que mundanos curiosos, pisaverdes ganosos de emociones.

Tras un rato de conversación, volvimos á dispersarnos. Toda la noche la pasamos yendo de acá para allá como almas en pena, en tornar á casa del alcaide para sentarnos mano á mano en el salón, y pedir nuevas del reo; luego bajábamos otra vez al patio para salir á la calle y volver á entrar minutos después para anudar la conversación sobre Troppmann; y así consecutivamente hasta la llegada del día. Entre nosotros no faltaba quien contase anécdotas verdes, ni quienes se comunicasen noticias personales ó discuriesen acerca de la política ó del teatro, ó recordasen á Víctor Noir; algunos se esforzaban en chancearse ó en soltar una agudeza, pero no lo conseguían... Estas tentativas provocaban risotadas fingidas que sonaban á hueco y morían apenas nacidas.

En la primera estancia descubrí un diván, y reoostéme en él con objeto de conciliar el sueño, pero no dormí; ni siquiera pude amodorrarme por algunos minutos.

A eso de las tres de la madrugada, el alcaide entró, se acomodó en un asiento y se durmió; pero poco después levantóse y se fué por haber venido por él uno de sus subordinados.

En la plaza, que encerraba más de veinticinco mil personas, la vocería de la muchedumbre era cada vez más ruidosa y continua. Aquel sordo ruido me llamó la atención: parecióme oír el mugido del

mar al estrellarse en la playa, el interminable crescendo de las olas, tan fielmente interpretado por Wagner en su música. No era una batahola siempre igual, no; arreciaba á ratos de un modo atronador, y entrecortábanla convulsiones entre las cuales se oían las notas agudas de las voces femeninas é infantiles, para bajar de tono, como las olas al retirarse, y deshacerse en cernida lluvia sobre aquel infernal zumbido. Como si nos hubiésemos hallado en presencia de la fuerza brutal de un elemento, el cual, ora se calmaba y parecía recojerse; ora se henchía, se levantaba, se precipitaba con redoblado furor, como si hubiese querido engullirlo todo...; después se apaciguaba gradualmente, se sosegaba, para enfurecerse otra vez y otra vez apaciguarse, sin cansarse nunca, continuamente, sin fin...

¿Qué significa esa vocería? dije entre mí... ¿Es trasunto de la alegría-, la malicia ó la crueldad? No, no es eco de ningún Sentimiento humano determinado; es únicamente un ruido: la zambra de un elemento.

## VI

A eso de las tres de la madrugada y quizá por la décima vez bajé á la calle.

La guillotina estaba preparada.

Los dos largueros, separados entre sí unos cincuenta centímetros por la cuchilla, resaltaban sobre el oscuro cielo con aspecto más extraño que terrible. Habíame figurado yo que aquel instrumento de suplicio era más imponente; aquella máquina estrecha y larga, y

como comprimida, me hacía el efecto de un cuello de cisne estirado y en acecho; tenía algo de siniestro sin grandeza. El pesado cesto parecía un cofre color de sangre, y sólo me inspiró repugnancia, cuanto más que sabía que en él arrojaría el todavía palpitante cuerpo y la cabeza del ajusticiado...

La guardia municipal, llegada poco antes, formó un gran semicírculo delante de la cárcel. Los caballos resoplaban, tascaban el freno y meneaban la cabeza. El empedrado, cubierto de espuma, blanqueaba bajo sus cascos, y los ginetes dormitaban tristemente con los peludos morriones metidos hasta los ojos.

Los soldados que mantenían en respeto á la muchedumbre se habían espaciado, dejando ahora, delante de la cárcel, un espacio de trescientos pasos en lugar de doscientos.

Acerquéme á una fila de soldados para observar á la muchedumbre á la cual aquéllos represaban en su eterno remolino y que producía incesantemente el mugido de un elemento ciego. Me acuerdo de un mozo con blusa, garrido joven de veinte años, el cual tenía puestos los ojos en el suelo y se sonreía como si lo acariciasen pensamientos alegres. De improviso echó aquél la cabeza hacia atrás, abrió desmesuradamente la boca y lanzó un grito prolongado, pero sin articular palabra alguna; luego volvió á mirar los adoquines y á sonreírse. ¿Qué pasaba en el alma de aquel hombre? ¿Por qué se condenó á permanecer ocho horas en pie, á pasar en vela una noche?

Yo no oía las reflexiones que entre sí cruzaba el público, cuya algarabía sólo era dominada por los agudos gritos de los vendedores de periódicos.

Los cuales ensordecían el aire voceando los títulos de libros con el relato de la vida, y aun de la ejecución y de las últimas palabras de Troppmann.

De vez en cuando, todavía llegaban á mis oídos rumores de altercados y de carcajadas salvajes, y agudas voces de mujer.

Cinco ó seis individuos entonaron la Marsellesa, pero interrumpiéndose á cada paso. Y aquí viene de molde decir que el himno revolucionario sólo es grandioso cantado por millares de voces.

«¡Abajo Pedro Bonaparte! gritó una voz sonora... ¡Uuu! ¡Uuu! ¡Ah! ¡ah!»

El mugido era cada vez más ensordecedor; de pronto los gritos tomaron cierto ritmo, quiero decir que con la música de las Lamparillas, la muchedumbre se puso á cantar: «Bo-na-par-te, Bo-na-par-te.»

Aquel pueblo, reunido, despedía una vaharada acre; todos aquellos cuerpos habían envasado gran cantidad de vino, y más de cuatro estaban borrachos. Las tabernas aparecían, en el fondo del cuadro, como luminosos puntos.

La noche se puso lóbrega del todo, y el cielo se encapotó completamente. De los árboles, que se erguían cual fantasmas, colgaban racimos de golfos que silbaban é imitaban el canto de las aves. Uno de ellos se vino al suelo y se rompió el espinazo. Con ser mortal la herida del infeliz, el populacho se rió grandemente.

Volvíme á la habitación del alcaide, y al pasar por delante de la guillotina, vi en la plataforma de ella al verdugo, rodeado de algunos curiosos; el ejecutor de la justicia hacía «el ensayo» para aquellos espectadores. El verdugo tocaba un muelle de la tabla á la cual sujetan al reo, tabla que va á parar al semicircular agujero colocado bajo la cuchilla, y moviéndolo, hacía descender la hoja, que caía pesadamente, sin detenerse, con zumbido sordo y breve.

No tuve alientos para presenciar aquel ensayo; no quise subir al patíbulo. De mí iba apoderándose más y más una vergüenza íntima, y aun parecíame cometer un crimen...

Quizá por esto los caballos de la guillotina, que comían tranquilamente su pienso de avena á la puerta de la cárcel, fueron los únicos seres que, entre nosotros todos, me parecían inocentes.

Me ovillé de nuevo en el diván y presté oído atento al ruido de aquella alta marea que sin cesar subía.

## VII

Según el refrán, la última hora de espera es la más corta. Todos quedamos sorprendidos al saber que acababan de dar las seis y que únicamente faltaban sesenta minutos para la ejecución.

Anunciáronnos que á las seis y media se nos permitiría la entrada en el calabozo de Troppmann, lo cual hizo desaparecer de todas las fisonomías las señales de cansancio.

Ignoro lo que en aquel instante sintieron mis compañeros; pero de mí sé decir que se me oprimió el corazón.

En esto llegaron nuevos personajes, uno de los cuales era el sacerdote, bajito, cano, de mejillas sumidas, envuelto en larga sotana, ostentando en el ojal la cinta de la Legión de honor, y tocado con un sombrero de anchas alas.

El alcaide nos ofreció un desayuno compuesto de grandes tazas de chocolate servidas en redonda mesa dispuesta en el salón; pero por más que Claude me instó para que tomase algo á fin de confortarme, no quise probar el soconusco, so pretexto de que el aire matutino es sumamente perjudicial.

Pero la verdad era que me repugnaba comer, porque no era aquella la ocasión más adecuada para efectuarlo.

—¿Con qué derecho estoy aquí? me dije por la centésima vez; este no es mi sitio.

—¿Continúa durmiendo? preguntó uno de nuestro grupo, mientras saboreaba el chocolate.

Nadie designaba por su nombre á Troppmann; cuando se referían á él se sobreentendía.

—Sí, duerme, contestó el alcaide.

—¿A pesar de esta infernal batahola?

El ruido se había hecho ensordecedor, trasmutado en un mugido ronco; el siniestro coro no iba ya en crescendo; reventaba estrepitosa y alegremente.

—Tres gruesos muros separan de la calle el calabozo, profirió el alcaide, á quien de derecho le correspondía el principal papel; luego y en consultando su reloj, añadió: las seis y veinte; ya es hora.

No hay duda en que todos nosotros teníamos conturbado el ánimo, pero nadie quería dejar que su emoción se transparentase, y como si tal cosa, uno tras otro, los invitados del alcaide cogieron sus sombreros y siguieron atropelladamente á su guía.

—¿Dónde come V. hoy? preguntó un gacetillero á uno de los presentes.

Esto pasaba ya de raya; era palmario que tal indiferencia nada tenía de natural.

## VIII

Ya en el patio grande de la cárcel y al llegar al rincón de la izquierda, frente á una puerta entornada, pasaron en cierto modo lista de

nosotros y nos hicieron entrar en una piececica de techo elevado, sin otro mueble que un escabel con asiento de cobre, colocado en el centro de ella.

—Aquí van á proceder al tocado del reo, me dijo al oído Máximo Du Camp.

No todos nuestros amigos nos habían acompañado. Eramos diez, junto con el Comandante, Claude y el sacerdote.

Durante los dos ó tres minutos que pasamos en aquella pieza, asistiendo á algunas formalidades, como la lectura de ciertos autos, me sacudió el espíritu por vez postrera el sentimiento de que no nos cabía derecho á obrar como obrábamos, de que asistíamos con mentida gravedad al asesinato de uno de nuestros semejantes, de que todos representábamos una repugnante é ilegal comedia.

El alcaide nos hizo seña de que lo siguiéramos á un largo corredor embaldosado, alumbrado por dos lamparillas, y desde aquel punto perdí noción de cuanto pasaba, á no ser que luego á luego, en aquel instante, en aquel segundo, iba á acaecer algo terrible.

Después de haber subido precipitadamente dos escaleras, cruzado otro corredor y bajado por una escalera de caracol, nos encontramos frente á una puerta de hierro.

—¡Helo aquí!

El carcelero abrió con precaución la puerta, sin levantar el más leve ruido ni proferir palabra alguna, y nosotros nos colamos á una anchurosa pieza de amarillas paredes y ventanas enrejadas en la cual había una cama deshecha y desierta. La luz de una lamparilla alumbraba con regular claridad todos los objetos.

Yo iba detrás de todos, y recuerdo que cerré involuntariamente los párpados; pero no tardé en notar algo cerca de mí, á un lado, un rostro joven, de cabellos y ojos negros, que se movía lentamente á derecha y á izquierda, y nos examinaba «vaga y largamente.»

Era Troppmann.

El cual, despertado antes de llegar nosotros, estaba sentado á su mesa y acababa de escribir á su madre una carta de despedida por demás insignificante.

Claude se descubrió, y llegándose al reo, le dijo con su voz áspera, apagada é inflexible:

—Troppmann, vengo para decir á V. que su petición de indulto no ha sido admitida, y que ha llegado la hora de la expiación.

El reo miró al alcaide, mas no vagamente, sino con rostro sereno y aun adormecido, pero no dijo palabra.

—Hijo mío, exclamó con voz sorda el sacerdote, acercándose á Troppmann por el lado opuesto, ¡valor!

Troppmann miró al sacerdote como mirado había á Claude.

—Ya yo sabía que no perdería el ánimo, dijo con acento firme el alcaide; ahora que ha soportado denodadamente la primera embestida, respondo de él.

Cualquiera habría dicho que Claude era un maestro que, en los exámenes, halagaba á su discípulo para alentarle.

—¿Miedo yo? no, señor, contestó el reo, con voz de barítono, fresca, agradable y muy bien timbrada.

—¿Quiere V. un poco de vino, hijo mío? profirió el sacerdote sacando de su faltriquera un frasco.

—Gracias, no lo necesito, contestó el reo, haciendo una cortés medida con la cabeza.

—¿Persiste V. en declarar que no es V. el único autor del crimen por el cual lo han condenado? preguntó el alcaide.

—No descargué golpe alguno.

—Pero...

—Repito que no descargué golpe alguno.

—¿Y afirma V. que tuvo V. cómplices que los descargaron?

—Lo afirmo.

—¿Se niega V. á nombrarlos?

—No quiero ni puedo hacerlo, contestó Troppmann con voz que se había hecho amenazadora, encendiéndosele el rostro, y a) parecer presto á incomodarse.

—Está bien, dijo Claude para sosegar al reo, dándole á entender que aquel interrogatorio era una pura formalidad, y que era ya tiempo de pasar á otro asunto.

Con efecto, poco después iba á empezar el tocado.

A esta lúgubre ceremonia tenían que preceder algunos preparativos. Dos guardias quitaron al reo la camisa de fuerza, especie de blusa de burda tela de algodón azul, sujeta á la espalda con correjuelas y hebillas, y provista de largas mangas cerradas como sacos y cuyas extremidades estaban anudadas á la cintura con fuertes cordeles.

Troppmann estaba á dos pasos de mí, de perfil, por manera que pude observarle á mi sabor el rostro. Digo pues que aquél podía haber pasado plaza de guapo si no lo hubiese desfigurado la boca, abofellada y desagradable, en forma de embudo, como las bestias fieras, y al través de la cual se descubría una dentadura negra, rala y dispuesta como un abanico. Tenía Troppmann espeso, oscuro y algo encrespado el cabello, largas las cejas, expresivos y saltones los ojos, despejada y lisa la frente, regular y repulgada la nariz, y leve, ensortijado y negro vello le sombraba la barbilla.

Aquella cara, en cualquiera otro sitio que en una cárcel y en otras circunstancias, habría causado una impresión favorable. Aquel tipo lo he visto yo innumerables veces entre los obreros y los discípulos de las escuelas públicas.

Troppmann, que aun no había cumplido los veinte, era de estatura regular, muy esbelto, y ostentaba la delgadez propia de la juventud. Su color, fresco y rosado, del todo natural, revelaba una salud inmejorable.

Al entrar nosotros en el calabozo, el color del reo no varió lo más mínimo.

Mientras le quitaban la camisa de fuerza, Troppmann alzó los ojos; su respiración era regular, profunda, como la de quien sube lentamente una montaña. Una ó dos veces movió la cabeza para echarse atrás los cabellos, ó cual si quisiese arrojar de sí un pensamiento pertinaz; luego dirigió una fugaz mirada á lo alto y exhaló un suspiro apenas perceptible.

Fuera de estos ligeros movimientos, nada acusaba en el reo el temor, ni siquiera la sombra de una emoción. Todos nosotros estábamos indudablemente más desasosegados que él.

Troppmann, al dejarle libres las manos, se las llevó al pecho sonriéndose con satisfacción, mientras le desataban las correas de la espalda; igual hacen los niños al desnudarlos. El mismo se quitó la camisa y se puso otra limpia, de la que abotonó cuidadosamente el cuello.

Era singularmente curioso seguir los amplios y libres movimientos del desnudo torso del joven y de sus desnudos miembros, que resaltaban sobre la amarillenta pared del calabozo.

Luego se puso Troppmann las botas, y golpeó ruidosamente el tacón y la suela contra el piso para que entrase bien el pie; siendo de observar que realizó todas estas menudencias con desembarazo, alegremente, cual si hubiesen ido por él para un paseo, aunque callado, como callados estábamos nosotros, que solo cruzábamos miradas y encogíamos los hombros, asombrados de la simplicidad de aquellos movimientos, simplicidad que, como todos los fenómenos tranquilos y naturales de la vida, revestía verdadera elegancia.

Uno de los asistentes al acto, con quien me encontré el mismo día, dejéme que mientras nosotros estábamos en el calabozo de Troppmann, parecióle hallarse, no en 1870, sino en 1794, y que nosotros no éramos simples ciudadanos, sino jacobinos, y que llevábamos al patíbulo, no á un asesino vulgar, pero sí á un marqués legitimista, á un cortesano...

Hase observado que, en general, los reos de muerte, á la audición de la sentencia, caen en un estado de insensibilidad rayano en la catalepsia, como si ya estuviesen muertos antes de la ejecución: ó alardean y afrontan la muerte para darse importancia, ó caen en la desesperación y lloran, tiemblan é imploran perdón. Troppmann no pertenecía á ninguna de estas categorías. Su actitud sorprendió al mismo alcaide.

También digo que de haber Troppmann flaqueado, mis nervios no habrían resistido y mal mi grado hubiera tenido que irme; pero al ver aquella postura firme, sencilla y modesta, todos mis sentimientos—el de disgusto que me inspiraba el asesino, el mónstruo que había degollado á unos niños mientras llamaban á su madre—el de compasión que sentía por el sér humano á quien la muerte iba á engullir—se desvanecieron y se redujeron á uno solo, el asombro.

¿Cuál podía ser el sostén moral de Troppmann? ¿Acaso representaba ante espectadores? ¿Nos daba una representación postrera? ¿Aquella serenidad era hija de un valor innato? ¿Era quizás el amor propio excitado por las palabras de Claude, ó bien el orgullo de la lucha que lo tocaba sostener hasta el fin, ó cualquiera otro sentimiento impenetrable á nuestra mirada?

Este es un secreto que el reo se llevó consigo á la tumba.

Más de cuatro están convencidos de que Troppmann no gozaba de la plenitud desús facultades mentales. La torpe é inexplicable matanza de que aquél fué autor, parece confirmar este supuesto.

## IX

En calzándose las botas, Troppmann se enderezó, y, sacudiendo los miembros, dijo:

—Estoy presto.

Pusieron otra vez la camisa de fuerza al reo, al cual y á instancias del alcaide dejamos á solas con el sacerdote.

Apenas hacía diez minutos que nos encontrábamos en el corredor, y ya el endeble mozo se hallaba en nuestra presencia con la frente animosamente levantada y el cuerpo erguido.

Troppmann, de creencias religiosas poco arraigadas, cumplió como una formalidad aquella última ceremonia.

El sacerdote pronunció con frialdad la absolución.

Todos nosotros, con Troppmann en el centro, subimos la angosta escalera de caracol por la que habíamos bajado quince minutos antes.

De pronto quedamos envueltos en las más profundas tinieblas por haberse apagado la lamparilla, y por espacio de algunos segundos reinó una confusión indecible. Echamos hacia arriba empujándonos y produciendo con los pies, en la escalera, un ruido sonoro. Apiñados, dábamos de hombros unos contra otros, y no faltó quien, por haber perdido el sombrero, lanzó un voto redondo y pidió á grandes voces una bujía ú otra luz.

En medio de aquella negrura rodeábamos á nuestra víctima, á nuestra presa, á aquel desventurado.

¿Dónde estaba Troppmann? ¿Se le ocurriría aprovecharse de la oscuridad para servirse, con la energía de la desesperación, de sus ágiles miembros y fugarse... dónde? A cualquier parte, á un rincón

de la cárcel y estrellarse allí contra la pared los sesos... A lo menos se habría hecho justicia por su mano.

No sé si los demás discurrirían como yo; como quiera que sea, mis conjeturas eran infundadas.

Por fin desembocamos en el corredor, llevando en medio al endeble mozo.

La guillotina no perdería su presa, y hacia la terrible máquina empezó entonces la procesión.

## X

Troppmann nos precedía casi alegremente y andando ligero y con paso elástico, como si se diese prisa. Nosotros lo imitamos, y tres ó cuatro intentaron adelantársele á derecha y á izquierda para verle por la postrera vez el rostro.

Cruzamos el corredor y descendimos la segunda escalera á escape. Troppmann bajaba de dos en dos los peldaños.

Pasamos en el aire á lo largo de otro corredor, y en saltando por encima de algunas gradas, dimos nuevamente con nuestros cuerpos en el local donde primeramente nos habían introducido, y en el que no brillaba otro mueble que un taburete, en el cual sentábanse los reos de muerte para hacerles el último tocado.

Nosotros entramos por una puerta, y por otra, situada en el lado opuesto, salió con paso mesurado y grave un hombre vestido de negro y con corbata blanca. Aquel hombre, á quien podía habersele tomado por un diplomático ó un cura protestante, era el verdugo, é

iba acompañado de un viejecito envuelto en negro capote. El tal viejecito, ayudante del ejecutor de la justicia de París, y á la vez verdugo de Beauvais, llevaba en la mano un saco de cuero.

Troppmann se estuvo inmóvil delante del taburete, y nosotros formamos rueda á su derredor. El verdugo y su ayudante se colocaron á la derecha del reo, lo mismo que el sacerdote, y el alcaide se situó á la izquierda.

El viejecito abrió con una llave el saco de cuero y sacó de él varias correjuelas provistas de hebillas, y acomodándose, no sin trabajo, de rodillas á espaldas del mozo, empezó á sujetarle los pies. Uno puso Troppmann involuntariamente sobre una de las correjuelas, y el ayudante, esforzándose en recojerla, dijo por dos veces, antes de propasarse á tocar la pantorrilla del reo para llamarle la atención:

—Haga V. el favor.

El mozo volvió el rostro, y haciendo una cortés mesura con la cabeza, levantó el pie y dejó suelta la tirilla de cuero.

Interin, el sacerdote leyó á media voz algunas oraciones en lengua francesa.

Los otros dos ayudantes quitaron en un cerrar de ojos la camisa de fuerza al mozo, cogieron á éste por los brazos, le ataron las manos á la espalda, en forma de cruz, y le cubrieron de correjuelas el cuerpo.

El verdugo dirigió todas las operaciones, indicando á derecha ó á izquierda con el dedo.

Como no habían abierto en las correas los agujeros para los corchetes, el anciano buscó primero en su saco y después en sus bolsillos, y por fin sacó un corva lesna y con ella intentó agujerear el cuero, pero como éste era nuevo y estaba duro, y él tenía los dedos hinchados por el reuma, á duras penas consiguió abrir algunos agujeros por los cuales no entraron los corchetes. El sacerdote, al ver lo que pasaba, rezó con más lentitud para dar tiempo al anciano, que abrió trabajosamente otros agujeros al lado de los primeros.

Terminada aquella operación, durante la cual cubrióseme de frío sudor el rostro, empezaron otra, quiero decir que hicieron sentar á Troppmann en el taburete para cortarle los cabellos.

El ayudante sacó unas tijeritas, y haciendo horrorosas muecas cortó con atención el cuello de la camisa del reo, de ia camisa que éste acababa de abrocharse tan cuidadosamente y que con tanta facilidad hubieran podido cortar antes. Pero la tela era gruesa y resistía al cortante instrumento.

Vigilaba el verdugo estos preparativos, y al parecer no estaba satisfecho; la abertura era insuficiente, era preciso que tuviese unos diez centímetros de anchura.

Requirió pues otra vez las tijeras el viejo y cortó más tela, dejando al descubierto hasta los omoplatos; pero como en la pieza aquella hacía frío, Troppmann se subió la camisa.

El viejo puso su abotargada mano izquierda en la cabeza del reo, que la bajó inmediatamente con sumisión, y con la diestra empezó á cortar los cabellos, que en vellones rodaron por la espalda del joven y cayeron al suelo.

Uno de los vellones rodó hacia mis pies.

Troppmann, con la cabeza resignadamente inclinada, permanecía inmóvil, y el sacerdote rezaba todavía más lentamente.

Mis ojos estaban como clavados en las manos del reo, manos enrojecidas en sangre inocente, y ahora impotentes y puestas una sobre otra; pero mis miradas se posaban con preferencia en aquel cuello blanco y delicado, en aquel cuello de niño, en el que mi imaginación trazaba involuntariamente una raya trasversal.

—Por allí, dije para mis adentros, pasará dentro de contados minutos la pesada cuchilla, desgarrando las vértebras, cortando los músculos y los nervios... Ese cuerpo parece ignorar el fin que le espera... Es tan joven, tan blanco, tan hermoso, tan lleno de vida...

Y á pesar mío, me pregunté: ¿En qué está ahora pensando esa cabeza inclinada? Quizá repite incesantemente en su interior: «No

flaquearé;» quizá ve pasar como un torbellino sus recuerdos; ó torna á ver en las convulsiones de la agonía á alguna de sus víctimas; ó dice entre sí: «Esto es miel sobre hojuelas,... después, después...» Y repitirá una y otra vez lo mismo hasta que la muerte se precipite sobre ella, sin que á ella le quepa sustraerse...

El ayudante continuaba la tonsura; los cabellos chillaban al contacto de las tijeras, y terminada la operación, Troppmann se levantó y movió vivamente á una y á otra parte la cabeza.

Suelen los reos de muerte aun con fuerzas para hablar, dirigir en tal circunstancia una postrera petición al alcaide; quiero decir que le entregan el dinero que les queda para que les haga el favor de pagar las deudas pecuniarias que tienen pendientes. También dan las gracias á sus carceleros, y encargan á los presentes que hagan llegar á manos de sus padres, de los del reo se entiende, una carta de despedida ó un mechón de cabellos... Troppmann, contrario á esto sentimentalismo, no despegó los labios, y esperó en un mutismo tranquilo.

Echaron una blusa corta sobre los hombros del reo, y hecho esto el verdugo asió por el codo al desdichado.

—Ea, Troppmann, dijo en medio de un silencio sepulcral el alcaide... Ha llegado el instante supremo; dentro de algunos minutos todo habrá concluido. ¿Persiste V. en sostener que tenía V. cómplices?

—Persisto, contestó el reo, sin que para nada se alterase su agradable voz de barítono, é inclinando ligeramente la cabeza como si le hubiese dolido no poder contestar á satisfacción de su interlocutor.

—Pues adelante, profirió el alcaide.

Tras lo cual bajamos todos al patio principal de la cárcel.

## XI

Eran las siete menos un minuto; el cielo estaba casi oscuro y la niebla velaba el aire y los objetos que nos rodeaban.

El rugir del populacho nos aturdió; era aquella una algarada chillona é insoportable que nos envolvió apenas hubimos cruzado los umbrales del patio.

Aclaradas aun más nuestras filas, nos dirigimos presurosos hacia la puerta, digo, algunos se quedaron atrás, y aun yo, sin dejar de ir con los demás, me hice á un lado.

Troppmann avanzaba con ligereza y arrastrando los pies por dificultarle el paso las correas.

¡Qué chiquitín, qué joven, qué niño me pareció el reo!

De improviso, lentamente, cual una boca que abre las mandíbulas, se abrió la puerta; el populacho lanzó un grito de satisfacción, y el monstruo que aguardaba su presa, la guillotina, ofrecióse á nuestras miradas con sus dos largueros y su copete.

Un frío glacial nos penetró hasta los huesos y á mí me llegó, al corazón. Parecióme que aquel frío acababa de entrar por la puerta recién abierta, y las piernas me blandearon. Con todo eso miré á Troppmann, que se echó atrás, inclinó la cabeza y dobló las rodillas como si acabase de recibir una puñalada en mitad del pecho.

—Va á desmayarse, profirió una voz casi á mi oído.

Pero no, el mozo se rehizo al punto y siguió adelante con paso firme, precedido por los que deseaban ver cómo caería la cabeza.

Yo, perdido el ánimo, me detuve junto á la puerta.

El verdugo parecióme una negra torre que prontamente se hubiese alzado en la parte izquierda de la guillotina; Troppmann,

separado del grupo de los invitados, que se quedaron abajo, subió los diez peldaños de la escalera, se detuvo, miró hacia atrás, y pronunció estas palabras: «Digan al señor Claude...» Ya en la plataforma el reo, dos hombres, uno por la derecha y el otro por la izquierda, se echaron sobre él como arañas sobre una mosca... Troppmann se avanzó con la cabeza hacia delante, y perneó.

No pude resistir más; volví el rostro y esperé; la tierra como si diese vueltas bajo mis pies.

Parecióme haber esperado una eternidad; tuve tiempo de observar que si á la aparición de Troppmann la vocería del populacho había reventado como una bomba, al estrépito aquel había seguido un silencio sepulcral...

Delante de mí estaba un centinela, joven, fresco y de complexión recia, y al notar que me miraba con fijeza, con espanto y con estúpida perplejidad, dije entre mí: «¿Qué le muestran aquí á ese joven soldado, hijo de lejana aldea y perteneciente á familia honrada?»

—Por fin oí un ruido ligero, como el que produce la madera al dar contra madera; acababa de caer el semicírculo superior del collar que mantiene inmóvil la cabeza del reo; después oí un rugido sor lo, algo rodó con ruido y resopló como potente bestia que acabase de aliviarse vomitando.

No doy con otro símil.

Todo se oscureció á mi alrededor.

Alguien me cogió por el brazo, y miró; era el ayudante del alcaide, el señor G., á quien, como supe después, Máximo Du Camp había recomendado que velase por mí.

—Está V. muy pálido. ¿Quiere V. agua? me preguntó G. sonriéndose.

—No, gracias, contesté.

Dichas estas palabras me volví al patio de la cárcel, que me pareció un abrigo contra las atrocidades que se cometían en la plaza.

## XII

Mis compañeros se situaron junto á la puerta del cuerpo de guardia para despedirse del alcaide y esperar que la muchedumbre despejase la plaza. Yo imité á mis compañeros y recojí ciertos pormenores. Troppmann, atado ya á la tabla, había ladeado la cabeza, quedando ésta fuera del collar; entonces los verdugos, para encajarla, tiraron de ella por los cabellos, y Troppmann mordió á uno de ellos en un dedo. Supe también que inmediatamente después de la ejecución, cuando el cuerpo arrojado en el furgón se alejaba velozmente, dos hombres pasaron al través de la fila de soldados, y, llegándose á la guillotina, empaparon sus pañuelos en la sangre que manaba por las rendijas de las tablas.

Yo, que estaba fatigadísimo, oí esta conversación como al través de un sueño. Todos parecían estar á un tiempo cansados y aliviados, como si les hubiesen quitado un gran peso de encima; pero ni uno de nosotros, ni uno, ofrecía el aspecto de quien está convencido de que acaba de asistir á un acto de justicia social; todo desviaba de esta idea, y cada cual se sacudía la responsabilidad de aquel asesinato.

Saludé al alcaide y me fui con Máximo Du Camp. Un río de seres humanos, hombres, mujeres y niños, deslizaba silenciosamente, delante de nosotros, sus ondas sucias y horrendas. Unicamente los hombres se preguntaban unos á otros: «¿ Adónde vas?» —«¿Y tú?»

Los golfos saludaban de cuando en cuando con una silba á las cortesanas que pasaban en coche.

¡Qué taciturnos, soñolientos y atontados estaban todos aquellos rostros! ¡Qué tedio, qué fatiga, qué descontento, que decepción, y sobre todo qué indefinible despecho se reflejaban en todos ellos!

Borrachos, no vi ninguno; probablemente los habían recogido, ó ellos mismos por sus pies se habían ido á dormir la zorra.

La vida cotidiana llamaba nuevamente á sí á la muchedumbre aquella, que ni sé por en tal noche interrumpió sus hábitos, ni en qué estado de ánimo tornó á su trabajo.

Mientras íbamos andando, Máximo y yo entablamos discusión sobre lo que habíamos presenciado.

¿Con qué derecho da la sociedad tales espectáculos? ¿Por qué mantener las bárbaras costumbres de la edad media? ¡Oh procedimientos infames! ¿Qué significan aquel tocado, aquellas idas y venidas por corredores y escaleras?

Y aun la pena capital, ¿cómo justificarla?

Ya hemos visto qué efecto produjo en la plebe aquel espectáculo, espectáculo que no pasa de ser una ilusión, pues de las setenta mil almas que lo presenciaron, quizá tan sólo cincuenta ó sesenta hombres pudieron ver algo á la indecisa claridad de la mañana y al través del cordón que formaban la infantería y la caballería.

¿Y los demás? ¿Qué utilidad sacaron de aquella noche desmoralizadora, de aquella noche de orgía para gran número?

Se me viene á la memoria el joven obrero á quien he observado por espacio de dos ó tres minutos. ¿Habrá quien crea que aquél se aplicará hoy con más aliento al trabajo y aborrecerá más ahincadamente la ociosidad y el vicio?

Yo mismo, ¿qué provecho he sacado de las emociones de esta noche? ¡Un asombro involuntario en presencia de un hombre que me constaba era un asesino, un monstruo de inmoralidad, porque ha

sabido arrostrar la muerte! ¿Es eso lo que se propone el legislador? ¿Dónde está el famoso «fin moral» de las ejecuciones, tantas veces desmentido por los hechos?

Pero dejémonos de discusiones; el asunto, complejo de suyo, me llevaría más allá de lo que me propongo. Nadie ignora que la pena de muerte es una de las espinosas materias que hoy preocupan á la humanidad.

Me daría por satisfecho, y me perdonaría á mí mismo la noche pasada en presencia de la guillotina, si mi relato pudiese proporcionar algunos argumentos más á los que abogan por la abolición de la pena capital, ó á lo menos si me fuese dable obtener que tales ejecuciones dejasen de hacerse públicamente.

# MI PERRO PEGASO

Los cazadores se complacen en ponderar los méritos y la inteligencia de sus perros, lo cual es un modo indirecto de alabarse á sí mismos.

Con todo eso, es incontestable que así como hay hombres ingeniosos y hombres necios, personas de talento y personas negadas, también hay perros inteligentes y perros tontos, perros bien dotados y perros incapaces, y aun diré perros originales y de intelecto superior. La variedad que los perros ofrecen en sus cualidades físicas é intelectuales, en su carácter y en su temperamento, en nada cede á la que se observa en la especie humana.

Durante la primavera de 1871, vi en un circo de Londres á un perro que hacía las veces de payaso con perfección tal, que sería injusto negarle la noción de lo cómico.

Puede afirmarse, sin exajerar, que el perro, durante su domesticidad, que se remonta á los tiempos prehistóricos, ha comprendido las cualidades y los vicios de su amo. Su organización primitiva y natural se ha alterado y variado, así como su figura se ha modificado y trasformado.

El perro es hoy más enfermizo y nervioso, y vive menos; pero es más inteligente y más sensible. Ha adquirido la facultad de combinar; su horizonte intelectual se ha ensanchado.

La envidia, los celos—y la amistad, el valor sin límites, la fidelidad hasta el sacrificio—y la cobardía servil y la inconstancia, el rencor y la bondad de corazón, la astucia y la rectitud—todas estas cualidades y estos vicios son inherentes al perro transformado por la civilización. El perro tiene más derecho que el caballo á que lo proclamen «la más noble conquista del hombre.»

Dejémonos de filosofar y vayamos al grano.

Como todo cazador «vehemente,» he poseído muchos perros, malos algunos, algunos buenos, y otros excelentes, y tuve uno, loco rematado, que se mató saltando por un tragaluz, en el secadero de una fábrica de papel, desde un piso cuarto. Pero el mejor perro que he poseído era un macho de largo y negro pelo, con pintas rojas, llamado Pegaso. Lo adquirí en las cercanías de Carlsruhe, en casa de un guardabosque. Me costó 120 florines, y á menudo me ofrecieron por él 1,000 francos.

Pegaso era un corpulento é inteligentísimo can de pelo ondulado y brillante, cabeza grande y notablemente hermosa, ojos castaños y fisonomía altiva; de extraordinaria fuerza, era aficionado á las riñas, y pesaba sobre su conciencia más de un alma canina, sin mentar los gatos.

Empezaré por decir cuales eran los defectos de Pegaso en la caza; no será largo enumerarlos: lo asustaba el calor, y si por los alrededores no había agua, caía en el estado de enervación conocido de todos los cazadores. Su parada maravillaba á cuantos lo veían; nunca, ni una sola vez, mintió.

«Si Pegaso está de muestra, pieza segura,» decían axiomáticamente mis compañeros de caza.

Mi perro nunca perseguía á las liebres ni á las zorras; pero como no había recibido lo que se llama una buena educación inglesa, se echaba veloz sobre las piezas inmediatamente después del escopetazo, sin esperar que lo azuzaran, lo cual es defecto de monta.

Por el vuelo del ave, Pegaso conocía si iba herida, y cuando siguiéndola con la mirada salía en su busca, levantando la cabeza de una manera particular, podía uno estar seguro de que la traería.

En la plenitud de sus facultades corporales é intelectuales, no se le escapaba á Pegaso ni una ave herida. Era un cobrador admirable, sin igual.

Es imposible decir cuántos faisanes trajo, por más que hubiesen buscado refugio en los espinos de que están poblados los bosques alemanes, ni cuántas perdices recogió á más de medio kilómetro del sitio en que habían caído, ni las liebres, los corzos y las zorras que cobró.

A menudo lo poníamos en la pista dos, tres ó cuatro horas después de haber sido herida la pieza, y bastábame decirle, sin necesidad de levantar la voz: «¡Búscala, se ha perdido!» para que saliese disparado. Mi perro galopaba por breve espacio, ya hacia un lado, ya hacia el otro, y, puesto en la pista, corría á escape en dirección de la pieza; uno ó dos minutos después la liebre ó el corzo chillaban entre los colmillos de Pegaso, que me los traía al galope.

Cierto día, en una batida de liebres, mi Pegaso se distinguió por una hazaña tal, que no me atrevería á contarla si no pudiese invocar el testimonio de unos diez espectadores que la presenciaron.

La batida había terminado, y todos los cazadores estaban reunidos en el lindero del bosque.

—Aquí he herido á una liebre, me dijo uno de mis compañeros de caza; el cual, como de costumbre, me pidió que pusiese á mi perro en la pista de la pieza.

Tócame decir que, en aquellas batidas, quedaban excluidos todos los perros, menos el mío, al que habían dado el nombre de «ilustre Pegaso». En tales ocasiones, los canes son un obstáculo; inquietos de suyo, incomodan á sus amos, y con sus movimientos ahuyentan la caza. Olvidábaseme decir que los ojeadores no sueltan, en aquellas circunstancias, las traíllas de las mutas.

Empezada la batida y cuando los chillidos de las piezas llenaban el aire, Pegaso se transformaba en estatua, escudriñaba con atenta mirada las matas, levantando y bajando casi imperceptiblemente las orejas y reteniendo su aliento; por más que la pieza pasase á tiro del olfato de mi perro, éste sólo manifestaba su emoción por un ligero estremecimiento de costillas, ó se limitaba á lamerse los hocicos. Cierta día, una liebre se metió atolondradamente entre las patas de mi perro, tal como suena, y Pegaso se contentó con hacer finta de querer morderla.

Pero volvamos al caso.

«¡Busca!» dije á mi perro; el cual echó á correr. Pocos segundos después oímos chillar á la liebre por él cogida, y en el bosque, divisamos la elegante figura de Pegaso que al galope venía derechamente hacia mí, único á quien entregaba las piezas que él cobraba.

De pronto y á unos veinte pasos de mí, Pegaso se detuvo, dejó en tierra la liebre de que era portador, y retrocedió volando.

—¿Qué significa eso? me preguntaron á una mis compañeros de caza en el colmo de la extrañeza. ¿Por qué Pegaso no trae la liebre? Nunca ha hecho eso.

Yo no sabía qué contestar.

En esto oímos, súbito, en el bosque, otro chillido de liebre, y Pegaso reapareció con una en la boca.

Una nutrida salva de aplausos acogió el regreso de mi perro para felicitarlo por su hazaña.

Hay que ser cazador para hacerse cargo del maravilloso olfato, de la inteligencia, de la facultad combinatoria que hubo de menester mi perro para poder ventear, mientras llevaba en la boca, corriendo, una liebre todavía palpitante, y hallándose á veinte pasos de su amo; para poder ventear, digo, otra liebre herida y al mismo tiempo comprender que aquel olor venía de otro animal y no del que él sujetaba con los dientes.

Una vez, á orillas del Rhin, pusieron á Pegaso en la pista de un corzo herido; mi perro echó primero por la derecha, luego por la izquierda, hasta que reflexionando que el corzo, con no haber dejado huella alguna, no podía haber desaparecido, se arrojó al agua, cruzó á nado uno de los varios brazos que el Rhin tiene en el gran ducado de Baden, y saltando en una isleta cubierta de mimbres, dió con el corzo y lo trajo.

Todavía me acuerdo de una cacería de invierno en las alturas de la Selva Negra.

La tierra estaba cubierta de gruesa capa de nieve; los árboles ostentaban la blancura de la escarcha, y densa niebla poblaba el aire y esfumaba los contornos de los objetos.

Mi compañero se echó á la cara su escopeta, y cuando después de la batida volvimos á reunimos, me dijo que había tirado á una zorra, que tenía que estar herida, pues él la había visto azotarse los ijares con el rabo.

Pusimos á Pegaso en la pista, y al punto desapareció en las blancas tinieblas que nos rodeaban.

Pasaron cinco minutos, diez, quince, y mi perro no volvía.

Ya no nos cupo duda de que la zorra estaba herida, porque si la pieza no lo estaba. Pegaso tornaba inmediatamente de la carrera que le hacían emprender en vano.

Finalmente, oímos ladridos, que, por lo sordos y lejanos, parecían llegarnos de los confines de otro mundo.

Sin demora salimos en dirección de los ladridos, sabedores como éramos de que cuando Pegaso no podía cobrar su presa, se quedaba parado delante de ella y ladraba.

Avanzamos guiados por los extraordinarios, entrecortados y roncós ladridos de mi perro, sin mirar donde afirmábamos los pies, como en un sueño. Ora cruzábamos un altillo, ora descendíamos á una zanja, ó andábamos con nieve hasta las rodillas envueltos en

fría y húmeda niebla, y recibiendo sobre nuestros cuerpos una lluvia de agujas de escarcha cada vez que rozábamos un árbol.

Por fin divisamos un bulto negro en lo último de angosta zanja: era Pegaso.

El cual estaba acurrucado, con el hocico hacia el suelo y con aspecto de mal humor, y tenía delante de su nariz, en línea recta, en un agujero que había entre dos piedras de granito, el cadáver de la zorra, refugiada allí para allí morir. Ahora bien, como Pegaso no podía alcanzarla, nos llamaba con sus ladridos; y es que mi perro conservaba todavía, encima de un ojo, la profunda y no bien cerrada cicatriz de una herida que le infiriera en otra cacería una zorra, á la que había hallado aún viva seis horas después de haber sido alcanzada por el plomo, y con la cual tuvo que sostener una lucha á muerte.

Todavía recuerdo otro sucedido.

En Ofenburgo, ciudadeja cercana á Baden, convidáronme á cazar en un coto perteneciente á una sociedad parisiense de deportes, y en el cual abundaba la caza, sobre todo los faisanes.

Ocioso es decir que me llevé conmigo á Pegaso.

Eramos quince cazadores, algunos de los cuales iban acompañados de admirables perros, casi todos ellos ingleses castizos.

Batida tras batida, avanzábamos de frente á lo largo del bosque; á la izquierda se extendía un gran campo en barbecho, y en el centro, á quinientos pasos de nosotros, se alzaba un montón de remolachas.

De improviso mi perro levantó la cabeza, venteó algo en el aire, y con gentil compás de pies se encaminó deliberadamente á una pila de mal amontonados y secos tallos.

Al ver la maniobra me detuve, é incité á los cazadores á que siguiesen á mi perro, en la seguridad de que éste había descubierto algún indicio. Los demás perros rodearon á Pegaso, olfateando el

suelo y mirando á todas partes, pero sin presentir nada, mientras mi perro, sin curarse de ellos, avanzaba incesantemente en línea recta.

—En este campo debe de haber una liebre escondida, me dijo uno de los cazadores.

Pero yo, que en la cara y en los movimientos de Pegaso veía que no se trataba de una liebre, incité nuevamente á los cazadores á que lo siguiesen.

—Nuestros perros nada ventean, me dijeron unánimes mis compañeros; de fijo que el de V. se engaña.

Aquellos parisienses no conocían aún á mi Pegaso.

En cuanto á mí, cargué silenciosamente mi escopeta y seguí á mi perro, que de cuando en cuando me miraba con el rabillo del ojo.

Pegaso llegó por fin al montón de remolacha?, y mis compañeros de caza se detuvieron y me siguieron con la mirada.

—!Ah Pegaso! dije entre mí, (valiente papel vamos á representar si tornamos de vacío!

Pero en aquel mismo instante y con ruido ensordecedor levantaron el vuelo una docena de faisanes, de los que tuve la satisfacción de matar dos, lo cual no solía ocurrirme, pues no soy buen tirador.

—Ea, alaben Vds. ahora á sus perros de legítima raza, señores parisienses, dije para mis adentros.

Y con los dos faisanes en la mano, volví á reunirme á mis compañeros, que me colmaron de felicitaciones y se las prodigaron á Pegaso.

Yo estaba contentísimo, y no quise disimularlo, pero mi perro, como si tal cosa, ni siquiera hacía gala de su modestia.

Sin ponderarlo, puedo afirmar que mi perro venteaba las perdices á cien y hasta doscientos pasos de distancia; con ser un poco tardío, descubría por manera admirable la caza y se apoderaba de ella con todas las reglas de la estrategia.

Nunca bajaba Pegaso la cabeza, ni venteaba las huellas escudriñando vergonzosamente el terreno con la nariz y refunfuñando; no se guiaba más que por su finísimo olfato, cazaba según los más elevados conceptos del arte, como dicen en Francia, sin que yo tuviese que hacer más que mirarlo.

Placíame grandemente cazar en compañía de personas que todavía no conocían á Pegaso; no pasaba media hora sin que acá y acullá oyese decir: «¡Qué perro!» «Es todo un maestro.»

Media palabra, una sola miraba me bastaban para que Pegaso me comprendiese.

¡Qué prodigiosa inteligencia la de mi perro!

\*\*

Pegaso se extravió, cierto día, en Karlsruhe, donde pasaba yo el invierno, y cuatro horas después y sin más guía que su instinto, fué á buscarme en Baden-Baden, en mi antigua habitación. Pero esto son tortas y pan pintado. Léase lo que sigue, y se verá cuántos puntos calzaba la inteligencia de mi perro.

Una vez se presentó por las cercanías de Baden-Baden un can rabioso que había mordido á una ó dos personas, y la policía ordenó inmediatamente que todos los perros sin excepción fuesen abozalados, orden de que Pegaso no se libró, pues en Alemania tales disposiciones son rigurosamente ejecutadas.

Mi perro, al cual le sentó malísimamente el bozal, no cesaba de quejarse, y, sentándose delante de mí, me tendía la pata; pero como no cabía sino someterse, me era imposible aliviarlo. Un día, mi hospedadora me dijo que habiendo Pegaso, la víspera, conseguido desembarazarse de su bozal, había aprovechado aquel instante de respiro para esconder en el suelo el instrutramento de su martirio.

Yo me resistía á creerlo.

Poco después la buena señora volvió y en voz baja me incitó á que la siguiese. Hícelo así, y al llegar á la escalinata vi á Pegaso que, con el bozal entre los dientes, cruzaba cautelosamente el jardín. Mi

perro, que, si es permitido decirlo así, andaba de puntillas, entró en un cobertizo, escarbó la tierra de un rincón hasta abrir un grande hoyo, y volvió á llenar el hoyo luego de haber metido en él el bozal.

Indudablemente Pegaso se dió á entender que de esta suerte se vería para siempre jamás libre del opresor aparato.

Como casi todos los perros, el mío no era amante de los mendigos ni de los hombres mal trajeados, y nunca embestía á las mujeres y á los niños; sobre todo no consentía que se llevasen de mi casa ningún objeto, por insignificante que fuese. La vista de un paquete en la mano ó en la espalda excitaba sus sospechas, y entonces ¡ay de los pantalones del sospechoso! ¡ay de mi dinero! Porque en paz sea dicho, por culpa de mi perro he tenido que pagar algunos puñados de florines.

Un día, oí voces de socorro en mi huertecillo, y al salir á él para enterarme de lo que ocurría, vi, tras la puertecita, á un hombre pobremente vestido, con la taleguilla destrozada y tal cual ensangrentadas las carnes de las posas. Delante de la puerta estaba Pegaso en actitud de triunfo.

El hombre aquel se quejó amargamente de mi can, pero algunos albañiles que trabajando estaban al otro lado de la calle, dijéronme, riéndose á carcajadas, que el tal había cojido una manzana de mi huerto, y que entonces se le había echado encima Pegaso.

El cual tenía, en verdad, no muy buenas pulgas; pero conmigo estaba afectuoso, tanto se me había aficionado.

La madre de Pegaso, en vida era famosa. También adusta, ni por su dueño se dejaba acariciar. Sus hermanos y sus hermanas eran todos inteligentes; pero ni uno de sus numerosos descendientes podía compararse á mi perro. El cual, en 1870, era todavía excelente, por más que se fatigaba pronto. En 1871 mudó de improviso, á causa de un reblandecimiento cerebral, que lo atontó prematuramente, pues apenas tenía nueve años.

A mí me causó pesar profundo el ver á mi admirable perro hecho un idiota. En la caza se precipitaba sin ton ni son en persecución de

las piezas; corría siempre en línea recta y con el rabo entre piernas y la cabeza agachada, y á lo mejor se detenía y me miraba con fijeza, pero estúpidamente, como si me preguntase qué le había pasado.

Sic transit gloria mundi!

Lo conservé todavía largo tiempo en mi casa; pero no era ya el mismo Pegaso, sino una ruina lastimosa.

Me separé de él no sin dolor: «Adiós, incomparable perro mío, dije mentalmente, nunca jamás te olvidaré, nunca encontraré otro amigo como tú.»

# UN SUEÑO

## I

Tenía yo entonces diez y siete años cumplidos, y vivía en una ciudad de marítima en compañía de mi madre, todavía no en los treinta y cinco.

Mi padre murió al cumplir yo siete años, y sin embargo me acordaba de él como si todavía viviera.

Bajita de cuerpo y rubia, mi madre, de presencia grandemente simpática, estaba eternamente triste, y hablaba en voz baja y pausada, gesticulando como persona espantada. En su juventud había sido muy ensalzada por su belleza, y hasta su postrer suspiro fué hermosa y seductiva. Nunca he visto cabellos más sedosos ni más flexibles que los suyos, ni manos más lindas. Yo la adoraba, y ella me quería entrañablemente...

Con todo eso nuestra existencia no era alegre; mi madre parecía vivir bajo el peso de una desdicha misteriosa, irreparable, inmerecida y que incesantemente socavaba en sus raíces su sér.

La pesadumbre que le causara la muerte de mi padre no era suficiente á explicar aquella tristeza abrumadora, por más que su dolor fuese profundo, pues lo había amado con pasión y acariciaba

santamente su memoria. No, su aflicción encerraba un misterio para mí impenetrable, sospechado por mí de una manera vaga y vehemente á la par cada vez que mis miradas se posaban en los inmóviles y tranquilos ojos de mi madre, en sus hermosos y también tranquilos labios, cerrados sin amargura, pero al parecer paralizados para siempre.

He dicho que mi madre me quería; no obstante, en ocasiones como si me repeliese, ó como si mi presencia le hubiese sido penosa é insoportable. Parecía sentir improvisamente una repulsión involuntaria por mí, repulsión de la que luego á luego se horrorizaba, derramando lágrimas de arrepentimiento y abrazándome efusivamente.

Yo atribuía aquellos arranques de aversión al estado enfermizo de mi madre y á su tristeza... Cierto es que hubieran podido obedecer á los extraños rebatos de malignidad y de criminales deseos que á las veces se apoderaban de mí... Pero tales parasismos únicamente me sobrevenían cuando ella me tomaba en ojeriza.

Mi madre siempre iba enlutada, y en cuanto á nuestro estado, vivíamos con cierto desahogo, aunque no frecuentábamos el trato de la gente.

## II

Yo era el blanco de todos los pensamientos y cuidados de mi madre, cuya vida se había consustanciado con la mía.

Tan estrecha intimidad entre padres é hijos no siempre resulta para ellos benefícosa; al contrario, suele serles nociva.

En suma, yo era hijo único, y los niños que no tienen hermanos ni hermanas, casi en absoluto se forman irregularmente, porque sus padres, al educarlos, piensan tanto en sí como en su descendiente... lo cual es lo peor en punto á educación.

Sin embargo yo no era mimado ni empedernido, dos extremos en que caen fácilmente los hijos únicos; pero sacudido prematuramente mi sistema nervioso, mi salud era delicada, como la de mi madre, á la cual me parecía grandemente de rostro.

No me gustaba alternar con los niños de mi edad, en general huía de los hombres, y hablaba muy poco, aun con mi madre.

Placíame sobre todo la lectura, y todavía más, pasearme solo y soñar... ¿Soñar en qué? Difícil as decirlo: á las veces parecíame encontrarme de improviso delante de una puerta entornada que ocultaba impenetrables misterios, y me quedaba en expectación, estupefacto, sin fuerzas para decidirme á cruzar sus umbrales y preguntándome incesantemente qué pasaba allí dentro, tan junto á mí... y esperaba, esperaba en una como angustia que acababa por sumergirme en el sueño.

Da haber sido yo poeta, de seguro hubiera expresado en versos tal estado de ánimo; si devoto, quizás habría ingresado en un convento; pero no era devoto ni poeta y pasaba el tiempo soñando en una vaga expectación.

### **III**

Acabo de manifestar ingenuamente que me dormía subyugado por pensamientos y divagaciones indefinibles. Dormilón de mío, los

sueños desempeñaban en mi vida un papel importante; no pasaba noche sin que yo soñase, y me acordaba de mis sueños, y les atribuía una significación, tomándolos por advertencias, y me esforzaba en penetrar su misterioso sentido; sueños tuve que se repitieron dos y tres veces, lo cual siempre me ha admirado y perecido asombroso.

Oigan Vds. el sueño que más impresión me produjo:

Me encuentro en una mal empedrada callejuela de una ciudad vetusta, entre altas casas de puntiagudos tejados.

Me paseo, y, á la par que esto hago, busco á mi padre, que no está muerto, pero que se esconde de nosotros, y vive en una de aquellas casas.

Cruzo una puerta cochera, chata y oscura; entro en un largo patio, y en lo último de él doy con un aposentico alumbrado por dos redondas ventanas.

En el centro del aposento aquel, veo á mi padre envuelto en una bata y con su pipa en la boca; pero aquel hombre en nada se parece á mi verdadero padre: es alto, amojamado, moreno, de nariz corva y ojos empañados y penetrantes, y, á juzgar por su aspecto, frisa en los cuarenta. El tal se disgusta al ver que he descubierto su retiro, y yo, tampoco satisfecho del encuentro, permanezco en pie en su presencia y perplejo hasta más no poder. Mi padre, digámoslo así, se ladea, farfulla algunas palabras ininteligibles y se pasea pausadamente por la estancia... Luego se aleja de mí refunfuñando y mirándome sobre hombro... Después, el aposento se agranda, se agranda y se desvanece entre nieblas.

Yo me cisco de miedo al pensar que por segunda vez pierdo mi padre, y me disparo vanamente en su persecución, pero oigo su gruñido de oso.

Desfallecido, me despierto y á duras penas puedo otra vez dormirme.

Todo el día siguiente lo pasé recordando por menudo aquel sueño, sin conseguir explicármelo.

## IV

Estábamos en junio, mes en que la ciudad donde vivíamos se animaba. Gran número de buques anclaban en su puerto, é incontables extranjeros transitaban por sus calles.

Yo era aficionado á pasearme por aquellos muelles, á pasar por delante de los cafés y de las fondas, para contemplar las variadas fisonomías de los marineros y de los viajeros sentados bajo las tiendas de campaña, en torno de blancas mesitas cubiertas de cántaras de estaño henchidas de cerveza.

Cierto día, si pasar junto á uno de aquellos cafés, vi á un hombre que atrajo al punto mi atención.

El tal ostentaba largo casacón negro y sombrero de paja metido hasta los ojos. Sentado é inmóvil, tenía las manos cruzadas al pecho, y los ralos bucles de sus negros cabellos le caían hasta la nariz.

Olvidásame decir que aquel desconocido sostenía entre sus delgados labios una corta pipa.

¿A quién se parecía aquel hombre? Sus curtidas facciones, su cuerpo, estaban tan profundamente grabados en mi memoria, que sin poder irme á la mano me detuve delante de él.

—¿Quién es ese hombre y dónde lo he visto? me pregunté.

Indudablemente el desconocido sintió el influjo de mi mirada, fija en él, y puso en mí sus negros y penetrantes ojos.

—¡Ah! exclamé involuntariamente.

Aquel hombre era el padre que me había aparecido en sueños.

—¿Estoy soñando todavía? me dije; no, es de día, en torno de mí la muchedumbre va y viene; el sol brilla jocundo en el firmamento, y en mi presencia tengo, no un fantasma, sino un hombre lleno de vida.

Lleguéme á una mesa solitaria, pedí un jarro de cerveza, y me senté á poca distancia de aquel sér enigmático.

## V

Cogí el diario y lo desdoblé, tapándome con él para observar á mi antojo y tras aquel abrigo al desconocido.

El cual hubiera guardado una inmovilidad absoluta á no haber levantado de tiempo en tiempo la cabeza, inclinada al pecho.

Era evidente que aquel hombre esperaba á alguien.

Yo no lo perdía de vista, y á las veces me parecía ser juguete de mi imaginación, que aquel parecido no existía, que me entregaba á un semi involuntario extravío de mi fantasía... Pero apenas aquel hombre se volvía en su asiento ó meneaba ligeramente la mano, me era casi imposible represar una exclamación, y de nuevo veía' en él á mi padre, cual se me apareciera en sueños.

Por fin el desconocido notó la insistencia de mis miradas, y si al principio mostró estrañeza, luego, despechado, me miró, y solevantándose, hizo caer un bastoncito arrimado á la mesa, bastoncito que yo me apresuré á recojer y á entregárselo, no sin emoción profunda.

—Gracias,—me dijo el desconocido, esforzándose en sonreírse.

Y acercando al mío su rostro, enarcó las cejas y entreabrió los labios, como si algo lo hubiese impresionado.

Luego me dijo improvisamente, con voz áspera, aguda y gangosa:

—Es V. muy cortés, y eso en los tiempos que corremos es raro por demás... Déjeme que lo felicite: ha recibido V. una educación esmerada.

No recuerdo qué le contesté, pero sí que entablamos conversación, y que por ella vine en conocimiento que el tal era un mi paisano recién llegado de América, donde había pasado algunos años y adonde se disponía á volver. Díjome ser barón, no entendí de qué.

El tal, como el «padre de mis sueños», terminaba sus frases mascullando palabras ininteligibles, y me preguntó cómo me llamaba. Díjeselo, y luego que, al parecer y por breve espacio, hubo reflexionado, exclamó:

—¿Cuánto hace que vive V. en esta ciudad? ¿Está V. solo?

—No, vivo con mi madre, le respondí.

—¿Y el padre de V.?

—Murió hace mucho tiempo.

—¿Cuál es el nombre de pila de la madre ó V.?

Al oír mi contestación, el desconocido soltó una carcajada no muy franca, de que se disculpó al punto diciendo que era un vicio americano y que, por lo demás, él era muy original.

Después me hizo nuevas preguntas para informarse de mi domicilio, y se lo indiqué.

## VI

Poco á poco iba calmándose la emoción que se enseñoreara de mí al iniciarse nuestra conversación; pero aun me tenía perplejo aquella conexión singularísima.

Desplacíanme la sonrisa del barón al interrogarme, y la expresión de sus ojos, que no parecía sino que querían atravesarme de parte á parte... Su mirada tenía algo de feroz y de protectora..., un no sé qué penoso. Aquellos ojos no los había visto yo en mis sueños.

El rostro del barón era singular; con estar marchito, fatigado, conservaba un aspecto juvenil que impresionaba desagradablemente.

Tampoco tenía «el padre de mis sueños» el chirlo que oblicuamente cortaba la frente de mi nuevo conocido, y que sólo advertí acercándome al barón hasta casi tocarlo.

Apenas hube dicho el nombre de nuestra calle y el número de nuestra casa, entró un negro alto y envuelto en una capa que lo cubría hasta los ojos.

El negro aquel se llegó al barón y le dió un golpecito en la espalda.

—¡Ah! ¡por fin! exclamó mi interlocutor volviendo el rostro. Y dirigiéndome un ligero saludo con la cabeza, se internó en el café, seguido del negro.

Con el propósito de esperar la salida del barón para nuevamente hablar con él, me quedé en la tienda de campaña.

En realidad, no sabía yo á ciencia cierta qué tenía que decir á aquel hombre; pero me guiaba el deseo de ratificar mi impresión primera.

Trascurrió media hora, una hora, y el barón no salía.

Metíme en el café y recorrí todas las salas sin ver en parte alguna al barón ni al negro; evidentemente ambos habían salido por la puerta trasera.

Como empezaba á molestarme un fuerte dolor de cabeza, para refrescarme me paseé por la orilla del mar, á lo largo de la playa, hasta un parque plantado hace dos siglos.

Después de haberme paseado dos horas é la sombra de las encinas y de los gigantescos plátanos, me decidí á tomar la vuelta de mi casa.

## **VII**

En el instante en que iba á cruzar el vestíbulo, salió presurosa á mi encuentro la doncella, toda trastornada, y al punto comprendí que, durante mi ausencia, había ocurrido algún contratiempo.

Con efecto, la doncella me dijo que, una hora antes y atraída por una gran voz, había entrado en el aposento de mi madre, á quien hallara tendida en el suelo, víctima de un desmayo que duró algunos minutos. Mi madre, que, al recobrase, como si estuviese despavorida, tuvo que meterse en cama, y al efectuarlo no

pronunció ni una sola palabra, ni respondió á ninguna de las preguntas que le dirigieron, ni dejó de mirar, estremeciéndose, á una y otra parte.

El médico, por quien la doncella enviara sin demora al jardinero, recetó un calmante, pero no consiguió una sola palabra de la enferma.

Inmediatamente después de haber mi madre preferido aquella gran voz, el jardinero, según él afirmaba, vió en el huerto á un desconocido que precipitadamente y al través de los sembrados se encaminó á la puerta que comunicaba con la calle.

Nosotros vivíamos en una quinta cuyas ventanas daban á un jardín espacioso.

El jardinero, si bien no pudo ver el rostro de aquel hombre, notó que éste estaba flaco, vestía largo casacón é iba tocado con un sombrero de paja.

—¡La indumentaria del barón! dije entre mí.

Tampoco pudo el jardinero dar alcance al individuo aquel por haberlo enviado en tal instante á casa del médico.

Entré á ver á mi madre, y la hallé en cama, más blanca que las almohadas en que tenía apoyada la cabeza. La pobre me conoció, sonrióse suavemente y me tendió la mano.

De buenas á primeras mi madre se negó á contestarme, pero concluyó por decirme que acababa de tener una visión terrible que la había despavorido.

—¿Ha entrado alguien en tu aposento? le pregunté.

—Nadie, respondió con viveza mi madre; nadie ha venido... pero jurara que he visto un espectro.

Mi madre se calló, y tapóse con las manos el rostro. En cuanto á mí, ardía en deseos de contarle lo que acababa de comunicarme el jardinero y mi encuentro con el barón; pero una fuerza irrefragable

me selló los labios. Lo único que acerté á decir á mi madre fué que los espectros no se aparecían á la luz del sol.

—No me hables más de eso, hazme este favor... no insistas por hoy... Ya llegará día en que todo lo sabrás.

Guardó nuevamente silencio mi madre; la cual tenía heladas las manos, é irregular y apresurado el pulso. Así pues, para no molestarla, le di una cucharada de la medicina recetada por el médico, y me aparté.

Mi madre guardó cama todo el día, inmóvil y en posición supina, y exhalando muy de tarde en tarde profundos suspiros, al tiempo que abría temerosa los párpados.

En mi casa todos estábamos perplejos.

## VIII

Durante la noche, á mi madre le dió una ligera fiebre, y me despidió de su dormitorio.

En vez de encaminarme á mi cuarto, me eché en un diván de una pieza contigua á la de la enferma, y cada quince minutos me levanté para llegarme de puntillas á la puerta y escuchar.

Todo estaba en sosiego; pero mi madre no pudo pegar los ojos en toda la noche.

Cuando, á la mañana siguiente, muy temprano, entré á verla, la encontré con las mejillas inflamadas y los ojos animados de un brillo nada natural; con todo, durante el día experimentó algún alivio,

aunque no tanto que por la tarde no volviese á elevarse la temperatura de su cuerpo.

Hasta entonces mi madre guardó el más obstinado silencio, mee de repente empezó á hablar con voz precipitada y jadeante, pero no delirando, pues sus palabras tenían sentido, por más que careciesen de ilación.

Me quedé sentado junto á la enferma, la caal, poco antes de media noche, se incorporó pronta y convulsivamente en su lecho, y empezó á hablar, también con voz jadeante, bebiendo continuamente agua á chisgüetes, moviendo débilmente las manos, sin mirarme ni una vez, y deteniéndole do vez en cuando para hacer un esfuerzo y anudar su relato...

Era tan extraordinaria aquella Escena, que la enferma hablaba como en sueños, cual si no estuviese presente y otro sér se expresase por boca de ella ó le sugiriese sus palabras.

## IX

—Escucha atentamente lo que voy á decirte, profirió mi madre; ya no eres niño, y has de saberlo todo. Tuve yo una amiga íntima, la cual casó con un hombre á quien amaba de todo su corazón, y con el cual fué dichosísima. El primer año de matrimonio, ambos se trasladaron á la capital para pasar en ella algunas semanas distraídos, y se hospedaron en una acreditada fonda, y frecuentaron la sociedad y los teatros.

Mi amiga era hermosísima; todos se fijaban en ella; los jóvenes la galanteaban á porfía, sobre todo un oficial que no la dejaba á-sol ni

á sombra. Doquiera iba, mi amiga veía clavados en ella los negros y picaros ojos del militar, que con no haberle sido nunca presentado, no le dirigía la palabra sin mirarla descaradamente y de un modo singular.

Esta obstinación aguó todos los gustos de que en la capital pensaba disfrutar mi amiga, que instó á su marido para que emprendiesen el viaje de regreso, del que hicieron los preparativos.

Una noche el marido de mi amiga se fué al casino, defiriendo á la invitación que de jugar una partida de cartas le hicieran los oficiales del regimiento, entre los cuales figuraba el perseguidor de mi amiga, que por vez primera se quedó sola en la fonda, y que al ver que su marido tardaba en recojerse, despidió á su doncella y se acostó.

De pronto mi amiga se heló de espanto: acababa de oír, tras la pared, un ligero ruido, como si un perro hubiese arañado.

Mi amiga examinó la pared.

En un rincón y al pie de santas imágenes ardía una lamparilla que alumbraba con tenue luz las telas de que estaba entapizado el dormitorio.

Repentinamente y en el sitio en que se oyera el ruido movióse un tablero, que se abrió hacia arriba, y aquel hombre terrible, de ojos negros y de mirada maligna, salió de la pared como una estatua siniestra y de magnitud descomunal.

Mi amiga, medio muerta de espanto, quiso dar voces, pero no pudo emitir ni una.

El hombre se avanzó precipitadamente, cual bestia fiera; arrojó sobre la cabeza de mi amiga un objeto blanco y pesado que la

ahogaba, y después... Sa me olvidó lo que después pasó, sí, se me olvidó.

De nuevo permaneció mi amiga largo rato sin poder emitir una voz, pero por fin consiguió darlas... Luego volvió á quedar todo para ella envuelto en las negruras del caos.

Mi amiga, al rehacerse, vió á su lado á su marido, al cual habían retenido en el casino hasta las dos... Con el rostro descompuesto, interrogó aquél á su mujer, pero no obtuvo ninguna contestación.

A consecuencia de aquel percance, mi amiga se puso enferma de cuidado.

Sin embargo, si mal no me acuerdo, al encontrarse á solas inspeccionó las paredes de su aposento, y bajo un tapiz descubrió una puerta hurtada.

Entonces fué cuando advirtió que le habían quitado del dedo el anillo de desposada, anillo por cierto muy original, adornado de siete estrellas de oro que alternaban con otras siete de plata; era una alhaja de familia.

El marido de mi amiga le preguntó qué había hecho del anillo aquel, y suponiendo que su mujer lo había extraviado, lo buscó infructuosamente por todas partes.

Bueno será ahora decir que del marido de aquella desventurada se apoderó un inquieto deseo de regresar á su casa, y tan pronto el médico permitió á la enferma ponerse en camino, ambos salieron de la capital.

Figúrate que el día mismo de su partida, encontraron unas parihuelas en las cuales estaba tendido un hombre con el cráneo destrozado; aquel hombre era el heraldo de infortunios, el de los ojos malignes, muerto en una disputa iniciada en torno del tapete verde.

Mi amiga, que se trasladó al campo y allí por vez primera fué madre, vivió todavía algunos años con su marido, que nunca concibió la más mínima sospecha. Por otra parte ¿qué hubiera la pobre podido declarar, si ella misma lo ignoraba?

Con todo eso la dicha de aquel matrimonio quedó destruida para siempre. Entenebrecióse su existencia, y nunca se disipó la nube que sobre ellos pesaba.

Sin más descendencia, aquel hijo único...

Mi madre se estremeció de arriba abajo, se tapó con las manos el rostro, y prosiguió con redoblada energía:

—¡Oh! dime, ¿es culpada mi amiga? ¿Qué puede echarse en rostro?... Cierto es que pasó por una grande humillación; pero ¿no tiene el derecho de declarar, aún ante Dios, que no merecía tal castigo? ¿Por qué ha de ver pues de nuevo su pasado en esa horrenda visión, después de tantos años, como si fuese una criminal roída por los remordimientos? Que Macbeth, matador de Baquo, viese espectros, bien... ¡pero yo!

Al llegar aquí se hicieron tan confusas las palabras de mi madre, que no pude ya seguir su relato. Era evidente que la pobre deliraba.

## X

No necesito decir cuán dolorosamente me impresionó el relato de mi madre, ni que de buenas á primeras había adivinado que se trataba de ella y no de su amiga; su equivocación al hablar en primera persona contribuyó á confirmar mis sospechas.

Así pues el hombre á quien yo visto había en sueños, y en carne y hueso aquella mañana, era realmente mi progenitor, solamente herido en la riña de que más arriba hago mérito. Pertrechado con mis indicaciones, aquél se había introducido en la casa de mi madre y huido, asustado por el sobrecogimiento de su víctima. Súbito se presentó clara á mis ojos toda nuestra existencia; entonces comprendí la involuntaria repulsión que mi madre sentía al verme, así como su consuetudinaria tristeza y el aislamiento en que vivíamos...

Aquellas revelaciones me produjeron un vértigo, y aun recuerdo que, como para que no se moviese de su sitio, cojí con ambas manos á mi madre. A mí se me había despertado vehemente el deseo de hallar á toda costa á aquel hombre. ¿Por qué? ¿con qué fin? Yo ni siquiera lo sabía, pero quería dar con él, y el conseguirlo se había convertido para mí en asunto de vida ó muerte.

A la mañana siguiente mi madre recobró un poco la calma, y, libre de la fiebre, pudo entregarse al sueño.

En cuanto á mí, después de haber recomendado á la pobre al propietario de nuestra casa de campo, la dejé al cuidado de la servidumbre, y empecé mis pesquisas.

## XI

Lo primero que hice fué encaminarme al café donde el día antes viera al barón. Nadie lo conocía, ni siquiera se habían fijado en él, que sólo entrara de paso. A quien no habían olvidado los concurrentes del establecimiento era al negro, gracias á su color, pero tampoco sabía nadie la procedencia del tal ni su domicilio.

A todo evento di las señas de mi casa, y empecé á recorrer las calles, los bulevares, los muelles y los alrededores del puerto, encudriñando todos los establecimientos públicos, pero no descubrí la más leve huella del barón y de su negro compañero.

Después de haber vagado hasta la hora de la comida, me volví á casa extenuado, y encontré levantada á mi madre, que á su habitual tristeza unía ahora un no sé qué, una como perplejidad dolorosa, cuya vista me partía el corazón.

Pasé la velada junto á mi madre, que se entretuvo en hacer combinaciones con una baraja, mientras yo miraba en silencio los naipes, y no hizo alusión alguna á su relato ni á lo que pasado había el día anterior, como si tácitamente hubiésemos entrambos convenido no evocar para nada aquellos singulares y penosos acaecimientos. La desventurada parecía estar arrepentida de su involuntaria confesión, ó quizá no se acordaba claramente de lo que había dicho en su delirio y esperaba que yo me compadecería de ella; y así me esmeré en hacerlo, y ella echó de ver mi solicitud en este punto, y evitó, como la víspera, cruzar con las mías sus miradas.

No pude pegar los ojos en toda la noche.

De improviso se desató una tempestad. El viento aullaba y se desencadenaba con violencia; los cristales de las ventanas vibraban, y lamentos y gritos de desesperación poblaban el espacio; no parecía sino que la celeste bóveda volase, junto con desgarradores quejidos, por encima de las conmovidas casas.

Poco antes de clarear me adormecí... y en medio de mi sopor me pareció ver entrar una persona en mi cuarto, y oí como me llamaba una voz suave y firme, pero no oí á nadie al levantar la cabeza y mirar en torno mío.

Lo singular fué que no sólo no me asusté, sino que sentí cierta satisfacción; y es que repentinamente había adquirido la certidumbre de que ahora vería cumplidos mis deseos.

Vestíme apresuradamente y me salí da mi casa.

## XII

Con ser sus últimas convulsiones todavía manifiestas, la tempestad había cedido.

Como era muy temprano, las calles estaban solitarias, y acá y acullá se veían trozos de chimenea, tejas desmenuzadas, tablas, ventanas derribadas, ramas desgajadas...

—¡Qué drama se habrá desarrollado esta noche en el mar! dije entre mí.

Mi plan era encaminarme al puerto, pero obedeciendo mis piernas á un impulso irrefragable, tomé otra dirección, y no un cuarto de hora después me encontré en una parte de la ciudad todavía desconocida para mí.

Avancé paso ante paso, sin detenerme, con el corazón opreso y en la expectación de algo extraordinario, sobrenatural é inmediato.

## XIII

Realizáronse mis presentimientos.

Prontamente y á veinte pasos de mí vi al negro de marras, envuelto en la misma capa que ostentaba al acercarse al barón, en mi presencia, en el café. El tal negro como si hubiese surgido del

suelo, y volviéndome la espalda, avanzó ligero por la angosta acera de tortuosa callejuela.

Eché tras el negro, para darle alcance, pero el tal alivió aún más el paso y desapareció de improviso tras la esquina de un edificio saliente.

Por más que sin demora doblé la esquina y di vuelta á la casa aquella, sólo vi una calleja completamente solitaria, velada por la niebla matinal, no tan espesa que no me permitiese divisar la calle entera, de la que hubiera podido contar les casas... Pero no vi en ella un solo sér viviente.

El negrazo había desaparecido cual apareciera: inopinadamente.

Mi sorpresa fué grande, pero fugaz; otro pensamiento me dominaba: la calle que ante mí se extendía, no me era desconocida; la había visto yo en mis sueños.

Me estremecí y me achiqué á la impresión del fresco aire de la mañana, y con seguridad llena de terror seguí adelante, buscando con la mirada.

Por fin, á la derecha mano y avanzando en la acera vi la casa que se me apareciera en sueños, con su vetusta puerta cochera flanqueada de montones de piedras. En verdad, las ventanas de aquella casa no eran redondas, sino cuadrangulares; pero esta circunstancia era insuficiente.

Llamé á la puerta repetidamente y cada vez más fuerte, hasta que aquélla se abrió con lentitud y rechinando, como si bostezase, y me encontré cara á cara con una criada joven, despeluzada, y con los ojos todavía soñolientos, como quien acaba de despertarse.

—¿Vive aquí el señor barón? pregunté, mientras dirigía una mirada furtiva al estrecho y largo patio, que asimismo era cual yo lo había visto en mis sueños, sin faltar en él las vigas y las tablas.

—Aquí no vive ningún barón, me contestó la muchacha.

—¡Cómo! exclamé, ¿aquí no vive ningún barón? No puede ser.

—Ayer salió de viaje.

—¿Para dónde?

—Para América.

—¡Para América! repetí involuntariamente; pero de seguro volverá.

La muchacha me miró con recelo, y me replicó:

—Sobre el particular nada sabemos... Quizá no vuelva.

—¿Ha pasado aquí mucho tiempo?

—Cosa de una semana... Acaba de emprender el viaje....

—¿Cómo se llama el barón ese?

—¡Qué! exclamó la muchacha, abriendo desmesuradamente los ojos, ¿V. no sabe cómo se llama el barón? Nosotros le dábamos únicamente el título. Y viendo que yo tenía ganas de entrar en el patio, llamó á un mocetón desgarrado, que salió de la casa, y le dijo:

—Pedro, aquí está un extranjero que me abrumba á preguntas.

—¿Qué se le ofrece á V.? preguntóme Pedro con ronca voz; y luego que me hubo escuchado de pésimo talante, me repitió lo que la muchacha acababa de decirme.

—¿Quién vive en esta casa pues? dije.

—Nuestro amo.

—¿Quién es el amo de Vds.?

—Un maestro carpintero. En esta calle todos son carpinteros.

—¿Puedo verlo?

—Todavía está durmiendo.

—¿Me permite V. entrar en la casa?

—No...

—¿Podré ver más tarde al amo de V.?

—¿Porqué no?... Puede vérselo todos los días, como que es mercader... Ea, váyase usted, apenas clarea.

—¿Y el negro? pregunté improvisamente.

El obrero me miró con ojos de estupefacción, y lo mismo hizo la muchacha.

—¿Qué negro? exclamó por fia mi interlocutor... Vuelva V. y hablará con mi amo.

Me bajé á la calle, y la puerta cochera se cerró tras mí con estrépito, pesada y rápidamente, pero ahora sin rechinar.

Tomé nota de la calle y de la casa, y me alejé, pero no me recojí.

Pábulo de un como desencanto, parecíame tan estupendo cuanto pasado me había, y todo había terminado por manera tan vulgar...

Yo estaba persuadido, seguro, de que en la casa aquella habría dado con el aposento que ya me era conocido, y que en el aposento aquel habría encontrado á mi padre, al barón envuelto en su bata y con la pipa en la boca... Y en su lugar descubrí que el dueño de aquella casa era carpintero, y que con él podía hablar cualquiera á todas horas y encargarle la construcción de muebles.

Como mi padre se había dado otra vez á la vela para el Nuevo Mundo, ¿qué me quedaba que hacer? ¿Contar á mi madre cuanto me había ocurrido, ó sepultar para siempre jamás hasta el recuerdo de aquel encuentro?

Yo no me resolvía á admitir un desenlace tan común y vulgar á aquel lance sobrenatural y misterioso, ni pude decidirme á regresar á mi casa.

Eché pues á andar á la ventura, y de esta suerte salí de la ciudad.

## XIV

Andaba yo con la cabeza inclinada al pecho, sin pensar y casi sin sentir, completamente ensimismado.

De mi entorpecimiento me arrancó un ruido monótono, sordo y furioso; era el mar, que mugía á cincuenta pasos de mí.

Entonces advertí que mis pies hollaban la arena de la duna.

El mar, encrespado por la tempestad de la noche, estaba cubierto de blancas crestas hasta el horizonte, y las agudas cimas de las altas olas venían una tras otra á desmenuzarse en la playa. Me acerqué á la orilla y seguí la línea que el flujo y el reflujo habían marcado en la amarillenta arena, salpicada de plantas marinas dúctiles, de fragmentos de conchas y de retorcidas matas de helechos.

Las níveas gaviotas de afiladas alas venían con el viento del vasto desierto aéreo, y se elevaban lanzando lastimeros chillidos, para precipitarse verticalmente en el agua, saltar de una ola á otra y sobrenadar como argentinas estrellas y desaparecer entre montañas de hirviente espuma. Muchos de aquellos pájaros revoleaban alrededor de una peña, único objeto que resaltaba vigorosamente en aquella monótona playa. A un lado de dicha peña se hacía un helecho de matas desiguales, y en el sitio donde aquellos enredados tallos salían de la salada arena, vi un bulto negro, prolongado y convexo que me llamó extraordinariamente la atención. Era un objeto siniestro, inmóvil, que se me ofreció más claramente á la mirada según á él iba acercándome, hasta que, al encontrarme de él á unos treinta pasos, observé que tenía formas humanas.

—Es un cadáver, dije para mis adentros, un ahogado devuelto por el mar.

Y llegándome á la peña vi que aquel cuerpo era el del barón, de mi padre, lo cual me dejó paralizado de espanto.

En aquel instante comprendí que desde mi salida de casa de mi madre me hallaba bajo el influjo de un poder misterioso.

Ignoro cuánto tiempo pasé de aquella suerte, sin oír más que el incesante mugir de las olas y el alma aterrorizada en presencia de mi hado.

## XV

El ahogado estaba en posición supina, ligeramente soslayado, con la cabeza en la mano izquierda y el brazo derecho doblado bajo el cuerpo. Calzaba, el barón, altas botas de marinero, y las extremidades de sus pies estaban hundidas en el glauco lodo. El cadáver vestía una corta americana azul empapada en sal marina y abrochada hasta el cuello, y su curtido rostro, vuelto hacia el cielo, parecía sonreírse; su labio superior, repulgado, dejaba al descubierto dos filas de pequeños y cerrados dientes, y las vidriosas pupilas casi se le confundían con el apagado blanco de los ojos. Olvidábaseme decir que el barón tenía cubiertos de espuma y de arena los cabellos y los llevaba echados hacia atrás de modo que le dejaban completamente despejada la frente, cruzada por un chirlo morado. En cuanto á la nariz del difunto, formaba una blanquecina nota entre las sumidas mejillas.

La tempestad de la noche había llevado á cabo su obra; el barón no volvería á pisar la tierra americana. Aquel hombre, ultrajador de mi madre, de la que amargara la existencia, mi padre, porque ya no

me cabía duda de que el tal lo era mío, yacía sin fuerzas, en el lodo, á mis pies...

A una sentí el placer de la venganza satisfecha, compasión, aversión y terror... terror sobre todo: el terror que me inspiraba aquel espectáculo y el pensamiento de lo que acababa de acaecer.

El misterioso arrebató de maldad, los criminales deseos de que ya más atrás he hablado, despertados en mí repentinamente, me ahogaban.

-¡Ah! ahora comprendo porqué soy como soy, dije entre mí, lo he heredado.

Pasé todo el día inmóvil junto al cadáver, contemplándolo y esperando; porque, lo que entre mí decía: «¿Quién sabe si esos apagados ojos se reanimarán y esos entorpecidos labios volverán á moverse? No, no tornará á menearse. En el sitio donde las olas lo han arrojado, hasta los líquenes parecen marchitos; las gaviotas han huido, y en parte alguna veo flotar despojos, tablas ni rotas jarcias. Todo está desierto...; sólo él y yo estamos aquí junto al Océano, donde sube la marea... Detrás de mí todo está desierto también; únicamente en el horizonte se eleva una cadena de oscuras colinas.»

No me decidía á dejar al desventurado en aquella soledad, sumergido en el lodo, entregado á la voracidad de peces y pájaros; una voz íntima me ordenaba que saliese en busca de los hombres para que trasladasen aquellos fríos restos entre los vivos; pero de repente se enseñoreó de mí un terror invencible. Antojóseme que aquel cadáver sabía que yo estaba allí, que él mismo había preparado aquel encuentro; y aun me pareció oírle susurrar, con la sorda voz que le era propia en vida, palabras ininteligibles.

Para mirar de nuevo al barón, retrocedí, y algo que brillaba me fascinó los ojos; era un anillo de oro que el cadáver llevaba en la mano izquierda, y en el cual reconocí la sortija de desposada de mi madre.

Nunca olvidaré cómo vencí mi repugnancia: retrocedí, me incliné hasta el yerto cadáver, del que todavía siento el viscoso contacto de

sus rígidos dedos, como me acuerdo del furor con que, guiñando los ojos y crugiéndome los dientes, arranqué la sortija, que parecía soldada á la frígida carne del difunto, y eché á correr cual ladrón, sin mirar hacia atrás, como si alguien me hubiese perseguido, dado alcance, echado las manos...

## XVI

Al regresar á mi casa, en mi rostro llevaba impresas las huellas de cuanto había sentido y padecido.

Me encaminé al aposento de mi madre, la cual, al verme, se puso en pie de un brinco, y me miró con tal insistencia, que tras breve instante de vacilación y sin proferir palabra le presenté la sortija.

Mi madre perdió el color, abrió desmesuradamente los ojos, que se le empañaron como los de un ahogado, y apoderándose de la alhaja, se tambaleó y vino á dar en mis brazos, donde se quedó rígida, con la cabeza echada hacia atrás y fijando en mí sus grandes y huraños ojos.

Cogí á mi madre por la cintura, y, sin moverme del sitio en que estábamos, le conté lenta y cariñosamente cuanto había pasado, sin omitir circunstancia alguna: mi sueño, el encuentro, en una palabra, todo.

Escuchó mi madre, sin interrumpirme con una sola exclamación, mi relato hasta el fin, pero jadeando más y más, y animándosele los ojos, que acabó por entornarlos suavemente. Luego se puso la sortija en el anular, se apartó de mí y buscó su abrigo y su sombrero.

—¿Adónde va V.? le pregunté.

Mi madre me miró con asombro, hizo un vano esfuerzo para contestarme, se estregó las manos como para calentárselas, y por fin dijo:

—Apresurémonos.

—¿Adónde vamos?

—Dónde él...quiero verle, convencerme... lo conoceré...

Procuré disuadir á mi madre, pero al ver á ésta á pique de padecer un ataque de nervios, comprendí que toda resistencia era inútil, y salimos.

## XVII

Heme otra vez en la playa, pero ahora no solitario, sino de bracero con mi madre.

El mar se ha retirado á larga distancia, y está más tranquilo, pero su mugido es igualmente siniestro y de mal presagio.

Por fin percibo la solitaria peña al pie de la cual brota el liquen, y por más que miro atentamente para ver si descubro el negro bulto que al lado de aquélla yacía, nada diviso.

Nos acercamos á la peña, é involuntariamente acorto el paso, mientras me pregunto adónde puede haber ido á parar aquel ya rígido cuerpo. Sólo veo la negra mata de liquen, que resalta lúgubrementemente sobre la arena.

Henos junto á la peña. El cadáver ha desaparecido, y en el sitio donde éste antes yacía sólo queda un hueco en el que se ven las huellas de los brazos y las piernas.

El liquen ha sido hollado por los pies de un hombre, como puede verse por las huellas marcadas en la arena y que se pierden en dirección de las montañas de sílice.

Mi madre y yo cruzamos una mirada, y ambos nos asustamos de lo que mutuamente acabamos de leer en nuestros rostros: ¿Se habrá levantado é ido por sus propios pies el cadáver?

—¿Tienes la seguridad de que estaba muerto? me preguntó en voz baja mi madre.

Sin fuerzas para hablar, hago con la cabeza una señal afirmativa. Aun no hacía tres horas que yo había visto el cadáver del barón... Era obvio que alguien se lo había llevado, y yo me propuse descubrir quién era ese alguien. Pero ante todo mi deber me ordenaba prestar mis cuidados á mi madre.

## **XVIII**

La cual halló fuerzas en su calentura mientras nos encaminábamos al lugar del siniestro; pero la desaparición del cadáver la abrumó como una desgracia irreparable, y tales espasmos la asaltaron, que temí por su razón.

De regreso en nuestra casa, adonde á duras penas pude conducirla, hice meter en cama á mi madre y envié por el médico.

Mi madre, lo primero que hizo, al recobrase, fué exigirme que sin demora saliese en busca «de aquel hombre.»

Obedecí; pero todos mis esfuerzos resultaron infructuosos. Me dirigí varias veces á la policía; recorrí todos los pueblos circunvecinos, publiqué anuncios en los periódicos, y me informé acá y acullá... Nada conseguí.

Cierto día supe que habían llevado un ahogado á una de las aldeas ribereñas, y á ella me trasladé inmediatamente; pero á mi llegada habían dado ya sepultura al cadáver. Por otra parte, las señas de aquel hombre no concordaban con las del barón, quien, según pude indagar, había tomado pasaje en un buque salido para América, buque al cual daban todos por perdido á consecuencia de la tempestad, pero del que se supo, algunos meses después, haber anclado en Nueva York.

No sabiendo ya á quien dirigirme en busca de informes, procuré indagar el paradero del negro, al cual y por conducto de los periódicos ofrecí una cuantiosa cantidad de dinero si venía á verme. Con efecto, cierto día, en mi ausencia, se presentó en mi casa un negro alto y embozado en una capa, y luego de haber interrogado á nuestra doncella, se fué, sin que nadie haya vuelto á verlo. Por manera que todas las huellas de mi padre quedaron envueltas en la oscuridad más profunda.

Mi madre y yo nunca hablábamos del barón. Una sola vez que aquélla manifestó su extrañeza porque no le había contado yo más pronto mi terrible sueño, dijo: «Era muy duro...» Y, sin redondear la frase, guardó silencio.

Larga fué la enfermedad de mi madre, y cuando se hubo ésta restablecido, nuestras relaciones continuaron como antes.

Durante toda su vida, mi madre sintió profundo malestar en mi presencia. Nos agarrotaba un como encogimiento, y no había remedio para semejante desventura.

Todo se olvida, el recuerdo de los acaecimientos más trágicos se embota; pero si entre dos personas que viven íntimamente se

desliza la contrariedad, nada es parte á disiparla.

Nunca jamás he vuelto á ver el espectro que me perseguía en otro tiempo, ni busco ya á mi padre; con todo eso, aun ahora me parece en ocasiones, en mis sueños, que oigo lejanos lamentos, continuos quejidos, que resuenan tras una pared tan alta, que me es imposible escalarla, y se me oprime el corazón, y lloro con los ojos cerrados.— No acierto á comprender si es un ser viviente el que se lamenta ó si oigo el mugido sordo y salvaje del mar desencadenado, mugido que se trasforma, y suena de nuevo en mis oídos como el rezongar del oso, como aquel refunfuñar de palabras ininteligibles, tan conocido... y me despierto con el alma llena de terror y de angustia.

# BASTA

## I, II, III

«¡Basta!» me dije á mí mismo, mientras trabajosa y maquinalmente bajaba por la empinada vertiente de la montaña en dirección al riachuelo.—«¡Basta!» repetí, aspirando la balsámica fragancia de un bosque- cilio de pinos, á cuyo aroma daba una intensidad y un sabor inusitados la frescura de la noche.—«¡Basta!» torné á decir después de haberme sentado en la cespadosa cuesta que domina al río, y mirando las oscuras y perezosas aguas de la corriente, de las cuales surgía un grueso junco.

—«¡Basta!»—Cesen los devaneos, es tiempo de recojerse, de meditar, de imponer silencio al corazón. Basta ya de mecerse en la suave molicie de las sensaciones vagas, pero deliciosas; basta ya de correr en pos de toda nueva imagen de la belleza; cese el empeño de querer contar los más mínimos movimientos de bus delicadas alas.

Todo lo he probado, todo lo he sentido repetidas veces... estoy cansado.

¿Qué me importa que en este mismo instante el crepúsculo ostente más y más vivo y amplio su manto de fuego, como si

estuviese encendido por una pasión avasalladora? ¿Qué se me da que á dos pasos de mí, en medio de la calma y de la turbadora languidez del moribundo día, y en la profundidad de la maleza humedecida por el rocío, se revele con sus melodiosos gorjeos un ruiseñor, como si antes de él no hubiese habido ruiseñores, y como si él hubiese

sido el primero en entonar el primer canto del primer amor?

Sí, todo ha sido, todo se repite mil veces, y cuando pienso que todo continuará lo mismo durante la eternidad, como si una ley, un edicto lo hubiese ordenado... me sublevo...

## IV

¡Ay! ¡he envejecido! No me habían asaltado tales pensamientos en los venturosos días en que yo también me inflamaba como la aurora y cantaba como el ruiseñor.

Todo se ha entenebrecido en torno mío; la vida ha perdido su brillantez; la luz que presta á los objetos color, relieve y vigor, esa luz que irradia del corazón humano, hase extinguido en mí; pero no, no se ha apagado todavía, palpita, si puedo decirlo así, bajo la ceniza, sin rayos y sin calor.

Recuerdo que una noche, en hora avanzada, en Moscou, me llegué á la enrejada ventana de vetusta iglesia, y apoyé la frente en las ásperas baldosas. Reinaba la oscuridad bajo las achatadas naves, en las cuales sólo se veía la tenue y rojiza llama de una lámpara olvidada que ardía delante de hermosa imagen de la que únicamente se veían los labios, severos y tristes; por todas partes

invadían las tinieblas la iglesia, como si hubiesen querido ahogar en sus velos aquella mortecina luz...

En la hora de ahora siento arder en mi corazón aquella misma llama, y entrar en él aquellas mismas tinieblas.

## V

Estas líneas las escribo para tí, única é inolvidable amiga mía, de quien me separé para siempre; pero á quien amaré hasta mi postrimer aliento.

¡Ay! tú sabes qué nos separó. Pero no quiero ahora evocar tales recuerdos. Me separé de tí... pero en la hora presente, en este sitio muerto, en este destierro, tan lejos de tí, me siento de tí invadido; como en otro tiempo estoy en tu poder, como en otro tiempo siento el suave peso de tu mano en mi inclinada cabeza.

Por primera vez me levanto del silencioso sepulcro adonde he descendido, y vuelvo con tierna emoción los ojos á mi pasado, á nuestro pasado...

Perdí para siempre jamás toda esperanza; verdad es que ha pasado también la amargura del dolor.

Mis recuerdos de ventura se levantan como las imágenes de los dioses desaparecidos, más claros que el azul del cielo, más puros que la nieve que corona las montañas... No surgen en tropel, en apretadas filas, desfilan uno á uno, como las veladas formas de la teoría ateniense,—¿te acuerdas?... ambos la contemplamos juntos en los bajorrelieves del Vaticano.

## VI

He hablado de la llama que irradia del corazón humano y que alumbra cuanto la rodea. Quiero ahora hablar contigo del tiempo donde en mi corazón ardía también aquella bendita llama.

Escucha... paréceme que te veo aquí, sentada á mi lado, mirándome con tue ojos, acariciadores, severos de puro atentos.

¡Oh inolvidables ojos! ¿Qué miráis? ¿En dónde os posáis ahora? ¿Quién recoge en su alma vuestra mirada, esa mirada que parece subir de una profundidad desconocida, como los misteriosos manantiales que, alternativamente claros y sombríos como vosotros, surgen en el fondo de los angostos valles del seno de las peñas?

Escucha...

## VII

Era á fines de marzo, antes de la fiesta de la Anunciación; acababa yo de verte por la primera vez, y con no sospechar todavía qué serías para mí más adelante, te llevaba en el corazón, secreta y silenciosamente.

Yo tenía que cruzar uno de los más caudalosos ríos de Rusia, río encadenado aún por los hielos, pero rizado y turbio por el deshielo, empezado hacía cuatro días. La nieve se derretía en las márgenes,

toda á un tiempo y poco á poco; por todas partes chorreaba el agua, y el viento circulaba silenciosamente al través de la húmeda atmósfera. Tierra y cielo se confundían en un tono blanco lechoso; no brillaba el sol, ni había nieblas, ni sobre la uniforme blancura resaltaba objeto alguno: todo parecía simultáneamente cercano y confuso.

Apeado de un coche, me avanzaba ligero por el hielo del río, sin oír más ruido que el de mis pasos, envuelto, embriagado por el primer soplo de la nueva primavera... y poco á poco y según iba devorando el espacio, me invadía más y más una turbación inconsciente y alegre, que redoblaba mi carrera; y era tal el ímpetu que me llevaba, que por fin me detuve para mirar en torno mío, y buscar la causa de mi exaltación en lo que me circuía... Todo estaba en sosiego, todo era blanco, todo dormitaba. Alcé los ojos al cielo, y vi una bandada de aves de paso... «!La primavera! isalve, primavera!» dije en alta voz, «isalve, vida, amor y dicha!» y en aquel mismo instante se presentó de improviso y con suave violencia en mi mente, tu imagen, parecida á una flor de cacto, que se abrió y resplandeció luminosa y con sin par hermosura. Entonces comprendí cuánto te amaba, á tí sola, y que inundabas todo mi sér...

## VIII

Pienso en tí, y renacen otros recuerdos, y se despliegan otros cuadros, y en todos te encuentro; te encuentro en todas las vías de mi vida.

Luego veo, en la vertiente de una colina y alumbrado por los postreros rayos de un sol de estío, un vetusto jardín ruso, al través

de cuyos plateados álamos se descubre el tejado de la casa señorial cuya blanca chimenea vomita rojizos copos de humo. En el seto y como á impulsos de indecisa mano, acaba de abrirse una puertecita; yo, en expectación, contemplo la puerta aquella y la fina arena de la rastrillada alameda; asombrado y enternecido, todo me parece nuevo y extraordinario, envuelto en suave y patético misterio, y se me antoja oír otra vez rumor de pasos precipitados, y me quedo inmóvil, y me siento ligero como pájaro que acaba de plegar las alas para nuevamente alzar el vuelo. El corazón me arde y se estremece movido de grato temor á la aproximación de la dicha que á mí viene volando...

## IX

Después y de repente me encuentro en antigua catedral, en lejana y hermosa tierra.

El pueblo se arrodilla en apretado haz; y de lo alto de la elevada y desnuda nave, á lo largo de los pilares de cruzados nervios, desciende un recogimiento grave y triste, un calofrío de oración.

Tú estás junto á mí, muda é indiferente cual si me fueses desconocida; los pliegues de tu oscura capa cuelgan rígidos como si fuesen esculpidos, y los reflejos de los ventanales permanecen inmóviles á tus pies en las abrasadas losas.

De improviso parte del órgano una onda pesada y sonora que sacude el aire saturado de incienso, y vibra profundamente en todos nosotros.

Tú palideces, te levantas, y me diriges de refilón una mirada que gradualmente va elevándose.

Tengo para mí que sólo un alma inmortal puede mirar así y con esos ojos.

## X

Otro cuadro se ofrece luego á mi vista; no nos abrumba ahora la rígida magnificencia de secular catedral; nos separan del mundo entero los bajos tabiques de cómodo aposento.

¿Qué digo? estamos solos, solos en el universo; fuera de nosotros nada hay viviente en la tierra: más allá de los tabiques que nos rodean, únicamente imperan las tinieblas, la muerte y el vacío.

No es el viento el que silba, ni la lluvia la que gotea: es el caos que se lamenta y gime, son sus ciegos ojos que derraman lágrimas.

Y en torno nuestro todo es sosiego, luz, calor y bienestar; un no sé qué alegre, inocente como la infancia nos rodea; cualquiera diría que sobre nuestras cabezas revolea una mariposa...

Juntos, muy juntos uno al otro, apoyaste entonces la frente en mi cabeza, y los dos hojeamos un hermoso libro. Aun siento en mi sien el latido de tu delicada vena, siento palpitar tu vida como tú sientes palpitar la mía; tu sonrisa anima mi rostro antes que ilumine el tuyo; respondes sin proferir palabra á mi muda interrogación, tus pensamientos son los míos, reunidos ciérnense como las dos alas de un mismo pájaro en el azul del cielo. Han caído las últimas vallas, nuestro amor se calma, se reconcentra tan profundamente que toda

línea divisoria desaparece; ya no nos hablamos... ni nos miramos... Sólo respiramos juntos, y vivimos y somos juntos; ni siquiera parece que tengamos conciencia de que juntos estamos.

## XI

O recuerdo una clara mañana de setiembre en que nos paseábamos por solitaria azotea, entre floridos acirates, en abandonado castillo lindante con caudaloso río, en el extranjero, á la suave claridad de un cielo despejado.

¡Oh! ¿qué palabras serían bastante elocuentes para explicar los que sentíamos?

Aquel río que sin parar se deslizaba, aquella soledad, aquella quietud, aquella alegría y aquella tristeza embriagadora que nos inundaban—la palpitación de la dicha; —en lontananza una población desconocida, de tejados uniformes, el canto de otoño que modulan las aves en las altas cimas de los árboles - y en las pausas de las frases de cariño, sonrisas, miradas de languidez que penetraban hasta lo más recóndito de nuestro sér, y en nosotros y en cuanto nos rodeaba, la belleza.

Es excesivo para el lenguaje humano.

¡Oh banco donde permanecemos silenciosos, con la cabeza inclinada bajo el peso de las sensaciones turbulentas y arrolladoras! no te olvidaré mientras me quede un soplo de vida.

¡Cuánto hechizo en lo que nos rodeaba! el lacónico buenos días de los contados y satisfechos transeúntes, y las tranquilas y grandes

barcas que bogaban á nuestra vista;—¿te acuerdas? en una de aquellas barcas había un caballo que miraba pensativo el agua que se deslizaba á sus pies.—Las pequeñas ondas lamían la orilla con charla infantil, y el agua traía de larga distancia los ladridos de un perro; no lejos de nosotros un grueso sarjento enseñaba el ejercicio á varios reclutas de encendidos carrillos, brazos abiertos y un pie adelante, como las grullas...

Entrambos conocíamos que aquel momento era sin par, que el mundo no podía añadir ni un átomo más á nuestra dicha, que todo lo demás...

No cabe comparación...

¡Basta!... ¡Basta! ¡Ay! isí, basta!

Por la vez postrera me he abandonado á estos recuerdos, y de ellos me despido para siempre.

Cual avaro que en contemplando una vez más sus riquezas, su dinero, en brillador tesoro, lo esconde en la húmeda tierra; así el pábilo de agotada lámpara flamea con más intensidad antes de cubrirse de frías cenizas.

El animal mezquino admira por la vez postrera, desde su antro, la aterciopelada yerba, el plácido sol, y las azules y juguetonas aguas, antes de ovillarse, de dar en redondo algunas vueltas y dormirse. ¿Verá en sus sueños al sol, la verde yerba y las azules y juguetonas aguas?

## XII

El destino se muestra para con todos duro é indiferente; sólo al principio de la vida, preocupados como estamos con toda suerte de acontecimientos fútiles, insensateces y con nosotros mismos, no sentimos la pesadumbre de su agobiadora mano.

Mientras nuestras ilusiones subsisten, mientras no conocemos la verdad, podemos vivir y no nos avergüenza esperar. ¡La verdad! aun incompleta—pues nunca podemos aspirar á la verdad absoluta—aun la partícula de verdad que nos es accesible, tan pronto la poseemos nos cierra la boca, nos ata las manos, y nos lleva á la negación, no quedando entonces al hombre más que una manera de sostenerse en pie, de no deshacerse en polvo, de no encenagarse en el olvido de sí mismo... de su propio desprecio: sustraerse á todo y decir:- ¡Basta! - y cruzando sus impotentes brazos sobre su vacío pecho, conservar la sola, la única cosa que le es accesible: la dignidad, la dignidad que es la conciencia de su propia nulidad. Esta es la dignidad en que pensaba Pascal cuando, apellidando caña pensadora al hombre, dijo que aunque el universo la aplastase, esa caña sería más grande todavía que el universo, porque sabe que la naturaleza la aplasta, y la naturaleza no tiene conciencia de su acto.

¡Oh dignidad impotente! ¡triste consuelo!... ¡Oh tú! quien quiera que seas, mi hermano en infortunio, por más que te afanes en pos de la verdad, por mucho que te esfuerces en creer en ella, no te sustraerás á la revelada por el poeta, verdad terrible por cierto: «La vida es sombra que vaga errante por el espacio; pobre actor que suda y se agita penosamente, durante una hora, en la Escena, y al cual después olvidan. Es un sueño contado por un delirante, enfático y sonoro, y que nada quiere decir.» Estas palabras evocan á mis ojos á las brujas de Macbet; veo aquellas apariciones, aquellos espectros siniestros.

¡Ay! no son aquellos espectros, aquellas potestades fantásticas y subterráneas los terribles; lo terrible está en que no hay nada verdaderamente terrible, en que la vida no puede ser menos interesante y más soberanamente insípida.

Cuando esta idea invade la conciencia, acabóse la miel para el que ha probado tal ajeno, y aun la dicha más grande, la del amor supremo, la necesidad de una fusión completa, de una abnegación sin correspondencia, pierde todo su hechizo, todo su valor, se abisma en su propia pequeñez, halla en su brevedad su destrucción.

Sí, el hombre ama, arde, empieza á susurrar el canto de la dicha eterna, de los goces imperecederos, y de ellos nada queda; desde muy atrás ha desaparecido el último vestigio del gusano que ha devorado el resto postrero de su amojamada lengua.

Así, en la primavera, en día de hielo tardío, cuando todo está mudo y sin vida bajo la blanqueada yerba, en el linde de un bosque sin hojas, al sol le basta atravesar por un momento la niebla y fijar su candente mirada en la tierra entorpecida para que los efímeros se levanten del suelo, jueguen en el dorado rayo de luz, retocen, suban por los aires, vuelvan á bajar y giren en alegres torbellinos... Pero el sol desaparece, y los efímeros caen en menuda lluvia; acabó su vida de un día.

## **XIII**

¿Pero no hay ideas y palabras consoladoras, tales como democracia, justicia, libertad, humanidad, arte?

Sí, estas palabras existen, y muchos son los hombres que por ellas viven. Sin embargo, tengo para mí que si Shakespeare renaciese hoy, no modificaría para nada su Hamlet ó su Rey Lear. Su escrutadora mirada no descubriría nada nuevo en la vida humana; igual sencillísimo cuadro se desarrollaría á sus ojos en su confusa monotonía: hallaría la misma credulidad y la misma sevicia, la misma sed de sangre, de riquezas, de escándalo, los mismos placeres vulgares, los mismos dolores insensatos,... ¿y en nombre de qué?... en el de la misma necedad humana ridiculizada por Aristófanés hace veinte siglos. Hallaría los mismos groseros armadijos en que eternamente y con igual facilidad se deja cojer la bestia de cien cabezas: la muchedumbre; las mismas exigencias del poder, los mismos hábitos de servidumbre del pueblo, el mismo reinado de la mentira; en una palabra, todos los saltos inquietos de la ardilla que incesantemente da vueltas en la misma rotativa jaula.

Shakespeare volvería á poner en boca del rey Lear esta amarga frase: «No hay culpados,»—lo cual significa: «No hay justos.» También diría: «¡Basta!» y á la vez se desviaría.

Sólo habría una diferencia: después de su trágico y sombrío Ricardo III, el gran poeta querría pintar otro tipo de tirano que fía en su propia virtud, duerme por la noche el sueño del justo, ó por la mañana se queja de haber comido con exceso el día antes, mientras sus víctimas, medio muertas, se esfuerzan en consolarse representándose, como Ricardo III, roído por los remordimientos y perseguido por los espectros de los que ha hecho morir.

Pero ¿á qué estas reflexiones? ¿A qué empeñarse uno en escojer y pesar las palabras, en redondear y pulir las frases, para probar á los efímeros que son efímeros?

## XIV

¿Y el arte? ¿y la belleza?... Ahí palabras de más sustancia que las que ya he recordado más arriba.

Entiendo que la Venus de Milo es más indiscutible que el derecho romano ó los principios del 89.

Se me replicará,—icuéntas veces he oído formular esta objeción! —que la belleza es condicional, que el chino la comprende muy de otra manera que el europeo.

Pero no es lo que tiene de relativo el arte lo que me asusta, sino su fragilidad; lo que me descorazona y quita la fe es que se corrompe y se deshace en polvo.

A mi entender, el arte es, en ocasiones, más poderoso que la naturaleza. La cual no nos dará una sinfonía de Beethoven, ni un cuadro de Ruisdael, ni el Fausto de Goethe. Sólo hay necios pedantea ó retóricos da mala fe capaces de sostener que el arte es imitación de la naturaleza, que, en definitiva, es invencible, y tarde ó temprano triunfa.

La naturaleza inconsciente está fatalmente sometida á las leyes, no conoce el arte, como no conoce la libertad, como ignora el bien.

Siempre y desde tiempo inmemorial en movimiento, sin cesar se modifica y sus trasformaciones repelen lo inmutable.

El hombre es hijo de la naturaleza, pero cuanto procede del hombre, todo lo artificial le es hostil porque aquélla se esfuerza en ser inmutable y eterna. El hombre es hijo de la naturaleza, pero ésta, madre universal, no tiene preferencias; cuanto existe en su seno ha nacido á expensas de otro y ha de ceder su puesto á otro; la naturaleza crea destruyendo, y tan indiferente le es lo por ella creado como lo por ella destruido; no atiende sino á que la vida

nunca se interrumpa para alimentar á la muerte. Por eso extiende con igual impasibilidad el moho de la podre por el divino rostro del Júpiter de Fidías como por la superficie de un guijarro, y libra al pasto de la polilla los preciosos caracteres trazados por Sófocles.

Cierto es que los hombres la ayudan con celo en su trabajo de destrucción; porque ¿no hallamos el mismo elemento, la misma fuerza de la naturaleza en la maza del bárbaro insensato que rompía la radiante frente de Apolo, y en los aullidos con que los bárbaros arrojaban al fuego los cuadros de Apeles?

¿Cómo nosotros, hombres y artistas infelices, podríamos vencer esa fuerza sorda, muda y ciega, que ni para celebrar sus victorias se detiene, y avanza incesantemente engulléndolo todo á su paso? ¿Cómo podríamos sostenernos derechos y resistir á las pesadas olas que sin descanso nos combaten? ¿Cómo creer en el valor y en la utilidad de las frágiles imágenes que modelamos con polvo, en la oscuridad, al borde del abismo y para un instante?

## XV

Es verdad, sí... y sin embargo, como dijo Schiller, únicamente lo que pasa es bello, y aun la naturaleza, en el continuo ejercicio de sus fuerzas que nacen y desaparecen, no evita la belleza.

¿No es ella la que engalana cuidadosamente á sus más efímeros hijos,—los pétalos de las flores, las alas de la mariposa? ¿No es ella la que les da contornos tan delicados, colores tan deslumbrantes?

La belleza no necesita perdurar para ser eterna—le basta ser por breve espacio.

No digo que no, pero el hombre y la libertad desaparecen donde la individualidad no existe.

El ala marchita de una mariposa renace dentro de mil años, y os la misma ala y la misma mariposa; aquí vemos á la necesidad llenar su vez con regularidad rígida é impersonal... Pero el hombre no se repite como la mariposa, y el trabajo de sus manos, sus obras de arte, su creación libre, una vez destruida, desaparece para siempre.

Unicamente el hombre ha recibido el poder de «crear», pero es doloroso confesar que creamos obras que duran una hora, como el califa que para sólo una hora fue elegido.

Esta es nuestra superioridad y nuestra maldición; cada una de aquellas ínfimas criaturas es ella; diríase que su yo está anticipadamente determinado, cada una está más ó menos imbuida del valer de aquel yo y conoce que es pariente de algo más grande, eterno, y que vive y ha de vivir en el espacio de un instante y para un instante.

Permanece, mezquino, en el cenagal y aspira al cielo.

Los hombres más grandes son los que conocen y sienten más profundamente esa contradicción radical, y entonces entra la duda de si pueden emplearse las palabras: «los más grandes, los grandes.»

## **XVI**

¿Y qué diremos de aquellos á quienes no podemos apellidar «grandes», ni aun en la restringida acepción que da á esa voz el

poco expresivo lenguaje humano?

¿Qué decir de los trabajadores vulgares, tales como los vemos por docenas, los de segundo y tercer orden, aunque sean hombres de Estado, sabios artistas, artistas sobre todo?

¿Cómo hacerles sacudir su estéril pereza, su triste irresolución? ¿Cómo hacerlos entrar nuevamente en línea de batalla, si la vanidad da lo humano, de toda acción tendente á un fin más elevado que el pan de cada día ha invadido una vez sus cerebros?

¿Qué coronas podrán seducir á los que miran con igual indiferencia los laureles y las espinas?

¿Porqué se expondrán á las burlas de la «fría muchedumbre» ó «al juicio de los estultos»,—del viejo estulto que no puede perdonarles el haberse apartado de los antiguos ídolos,—del joven necio que exige que aquellos se arrodillen sin demora, como él, y se prosternen á los pies de los nuevos ídolos por él inventados?

¿Porqué irían otra vez á aquel mercado de espectros, á aquella feria donde vendedor y comprador se engañan mutuamente, donde todo es batahola y ruido, y todo mezquino y feo?

¿Porqué, debilitados hasta la médula, tornarían á este mundo donde los pueblos, como los niños del campo en los días de fiesta, se revuelcan por el lodo para ganar un puñado de nueces vacías; ó contemplan embobados las imágenes groseramente iluminadas?—Sí, ¿porqué permanecerían en este mundo en el cual sólo subsiste lo que no tiene derecho á la vida y en el que todos se aturden con su propia voz y luchan á porfía para llegar á un fin desconocido é incomprensible? No... No... ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Basta!

# UNA NOCHE EN SORRENTO

PIEZA EN UN ACTO

PERSONAJES

NADEJDA PAVLOVNA (SEÑORA ELETZKI), viuda, 80 años.

MARÍA, su sobrina, 18 años.

ALEJO BELSKI, 28 años.

SERGUEI AVAKOFF, 45 años.

UN CAMARERO, italiano.

POPELÍN, pintor francés.

UN IMPROVISADOR Y CANTADOR.

La Escena pasa en Sorrento en una fonda á orillas del mar.

Representada por primera vez en una tertulia celebrada en casa del ministro de Estado, señor de Giers, en 1885.

La Escena representa un espacioso aposento de fonda, regularmente amueblado; dos puertas al foro, una de las cuales comunica con el tocador de la señora Eletzky, y la otra con el corredor. A la izquierda dos ventanas y á la derecha una puerta que da al jardín. Avakoff está sentado en el sofá en medio del aposento y duerme apoyado en el respaldo, con la cabeza cubierta con un pañuelo.

## ESCENA I

AVAKOFF, solo. (Se menea y profiere palabras ininteligibles; por último y con voz adormecida, exclama:)

—¡Fedia! ¡Fedia!... (Avakoff se estremece, se quita el pañuelo que le cubre el rostro y mira con estupefacción á todas partes.) Pero ¿dónde estoy?... (Torna á mirar en derredor, y tras corta pausa hace con la mano un ademán de despecho)... ¡En Italia!... (Nueva pausa.) ¡Qué hermoso sueño he tenido!... Me encontraba en mi casa, en mis posesiones, en Pokrofskoié, sentado junto á la ventana... mirando al corral, por el que discurría una bandada de patos que ostentaban sendos copetes... No lejos, mi cochero, Felipe, engrasaba las ruedas del carro, mientras yo aguardaba á Fedia, que no me traía mi pipa... ¡Ah! ¡qué hermoso sueño!... (Suspira.) ¿Cuándo me permitirá Dios ver nuevamente todo eso?... (Se levanta.) Ya estoy harto de arrastrar de fonda en fonda mis caneados huesos... Eso dura hace ya tres años... ¡Ah! si de algún hombre puede decirse que la edad no lo alecciona, ese soy yo... (Pausa)... ¿Han salido ya?... Naturalmente. (Se llega á la puerta del tocador y llama) Nadejda Pavlovna, ¿está V. ahí?... No... Evidentemente han salido... Yo he echado una siestecilla luego de haber comido, y ellos lo han aprovechado para salir... ¡Jum!... han salido... En eso conozco claramente al joven Alejo Nicolaevitch... Esas son sus bromas... ¡Si sabré yo de qué pie cojea el tal!... ¿Quién lo habrá traído aquí?... (Tira febrilmente del cordón de la campanilla.) ¿Quién necesita de él?... (Vuelve á llamar)... ¡Como si á ella le faltasen galanes sin ese!... Pero ¿cómo nadie acude á mi llamamiento? (Torna á tirar, por tres veces, del cordón de la campanilla, y por fin entra presuroso un camarero, de americana y con una servilleta al brazo.)

## ESCENA II

AVAKOFF Y EL CAMARERO

EL CAMARERO. Celenza, commanda?

AVAKOFF (mirándole al soslayo, y aparte.) ¡Vaya unos humillos! ¡Es singular! todos los camareros están cortados por el mismo patrón... Aquí, en París, en Roma y en todas partes, le salen á uno con el mismo estribillo. (Alto al camarero.) ¿Por qué no vienen ustedes inmediatamente cuando los llaman? (Avakoff habla francés con pésimo acento.)

EL CAMARERO. (Sonriéndose y retorciendo su servilleta.) Celenza, yo... ije! ije!

AVAKOFF. ¿Dónde está... dónde están las señoras?

EL CAMARERO. Han salido á paseo... la señora condesa con la señorita y el señor conde, el otro conde ruso...

AVAKOFF. Está bien... váyase V.

EL CAMARERO, Sí, señor... (Se va brincando.)

## ESCENA III

AVAKOFF, solo.

¡Válgame Dios! ¡Cuán odiosos se me han hecho todos esos barbilindos!... (Se pasea por el aposento.) ¡Han salido á paseo!... ¡Jum!... á orillas del mar... para contemplar las azules aguas... Ya me figuro ver á ese monuelo sentado á los pies de ella... ¿Y ella? ¡Oh! la conozco; lo quiere... constituye su pasión... Pero ¿qué diantre puede hallar en él?... No lo entiendo... Un hombre del todo inepto... y sin maldita la gracia... (Torna á pasearse.) ¿Cuándo se calmará esa mujer?... ¿Cuándo se cansará de ir en pos de caras nuevas?... (Se entreabre la puerta de la antesala y entra precipitadamente Popelín ostentando americana á grandes cuadros, corbata de niño, barba y larga cabellera.)

## ESCENA IV

POPELÍN (desde la puerta.) V. dispense, caballero.

AVAKOFF (volviéndose hacia Popelín.) Toma... ¿qué querrá ese muñeco?

POPELÍN (desde el mismo sitio.) V. dispense... ¿Vive aquí la señora condesa de Geletzka?...

AVAKOFF (Tras un instante de vacilación.) Sí, ¿qué quiere V. de ella?

POPELÍN (Entra con una gran cartera bajo el brazo.) V. dispense... ¿Está en casa la señora condesa?

AVAKOFF (Sin menearse de su sitio.) No, ¿qué quiere V. de ella?

POPELÍN. ¡Ahí... Lo siento vivamente... V. dispense, caballero... ¿Sabe V. si tardará mucho en regresar la señora condesa?

AVAKOFF. No... ¿qué quiere V. de ella?...

POPELÍN (Mirando con asombro á su interlocutor.) V. dispense, caballero, ¿es al señor conde á quien tengo el honor de hablar?

AVAKOFF (Con dignidad.) No, señor...

POPELÍN. Pues bien, caballero, hágame V. la merced de manifestar á la señora condesa, que el pintor Popelín ha venido á verla defiriendo á su solicitud, y que siente en el alma... (Ve que Avakoff hace un ademán de impaciencia.) Caballero, quede V. con Dios. (Vase.)

## ESCENA V

AVAKOFF, solo.

Vaya V. con él. (Sigue á Popelín con la mirada.) ¡Otro!... ¡Cargue el diablo con todos esos artistas, músicos, pintores! ¿De dónde sale esa gente? ¡Y qué olfato el suyo!... Apenas sentamos la planta en un lugar... ya han entablado relaciones... y revolean en torno nuestro... y hacen la corte... Y eso acaba siempre lo mismo... Pasados algunos días, traen una mala acuarela ó una figurilla hecha á puñetazos... y como uno ha entablado relaciones con ellos, no hay sino abrir la bolsa y pagar tres veces más caro... Es indecible el número de mamarrachos que portamos en nuestras maletas... Horroriza el pensarlo... Pero si escuchan Vds. á esos señores, no hay obras que en inspiración aventajen á las suyas... ¡el arte! ¡el arte! ¡el desinterés!... ¡Infelices! no tienen siquiera unos pantalones de repuesto, y en cuanto á comer... ¡Uf! (suspira)... ¡Qué asco!... (Se pasea por el cuarto.) Pero señor, ¡y no regresan! ¡Jum! Por lo que se

ve, el paseo no es desagradable. ¡Ya empieza á oscurecer! (Pausa.) Si saliese á su encuentro... ¿Por qué no?... (Coje su sombrero y entra en la antesala.) ¡Ah! ¡ahí están!

## ESCENA VI

AVAKOFF, la señora ELETZKY (Nadejda Pavlovna), señorita MARÍA BELSKY (entran por la puerta de la antesala. La señora ELETZKY parece estar de mal humor.)

AVAKOFF. ¿Por fin se dignan Vds. recojerse? ¿Por qué han salido Vds. sin mí á paseo?

LA SEÑORA ELETZKY (Se llega al espejo de la derecha y se quita el sombrero.) ¿Hace mucho que se ha despertado V.?

AVAKOFF. Sí.

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Ha dormido V. cuánto le reclamaba el cuerpo?

AVAKOFF. Apenas he dormido un poco... de un ojo...

LA SEÑORA ELETZKY. Ta, ta, ta, ta... ya sé... no ha hecho V. sino cerrar los ojos.

AVAKOFF. ¡Je! ¡je!... ¿Se ha divertido V. en el paseo?

LA SEÑORA ELETZKY (Con seguedad.) ¡Mucho!... ¿Ha venido alguien durante mi ausencia?

AVAKOFF. Nadie... digo... ha venido un pintor...

LA SEÑORA ELETZKY (Con viveza.) ¿El señor Popelín?

AVAKOFF. Sí, creo que es él...

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Y qué le ha dicho usted?

AVAKOFF. Nada... Me ha preguntado si usted estaba en casa, y me ha rogado que dijese á V. que él había venido...

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Por qué no le ha dicho V. que me esperase?

AVAKOFF. No sabía...

LA SEÑORA ELETZKY. (Con despecho.) Siempre será V. el mismo (Se vuelve hacia Belsky que se ha acercado á la ventana donde habla con María.) Belsky, Belsky, basta de galanteos con María.

BELSKY. ¿Qué se le ofrece á V., Nadejda Pavlovna?

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Qué deseo? (Pausa.) Va V. á saberlo: el pintor Popelín ha estado aquí durante nuestra ausencia. V. ya sabe que Popelín es el pintor que presenté á V. hace tres días... el que me mostró las vistas del Vesubio... Yo misma lo incité á venir... y ha venido, y ese caballero (señalando á Avakoff) ni siquiera ha sabido retenerlo...

BELSKY. ¿Y qué desea V.?

LA SEÑORA ELETZKY. De algún tiempo acá se ha vuelto V. muy poco perspicaz... Salga V. inmediatamente en busca de Popelín... y no vuelva V. sin él... ¿Oye V.? tráigalo V., sin falta...

BELSKY. ¡Pero si no sé dónde vive!

LA SEÑORA ELETZKY. Pregúntelo V.... Infórmese V., aquí, en la fonda... en todas partes... donde V. quiera... pero sin demora... Digo á V. que necesito ver al señor Popelín... Ea, apresúrese V....

BELSKY (Tras una pausa.) Obedezco. Salgo en busca del pintor que posee vistas del Vesubio... Apostaría yo que esas vistas son las que le hacen á V. falta... (Mira soslayadamente á la señora Eletzky.) Voy... voy...

## ESCENA VII

La señora ELETZKY, AVAKOFF, señorita MARÍA

LA SEÑORA ELETZKY, se acomoda en el sofá y golpea impientemente con el pie el suelo; Avakoff se sonríe con gesto tal cual corrido. Por fin levanta la voz y llama: ¡María!

MARÍA. ¿Tía?...

LA SEÑORA ELETZKY. ¡Tía! itía! ¡Vaya una ocurrencia la tuya, llamarme siempre tía, como si yo fuese ya una vieja!

MARÍA. Pero ¿cómo he de llamarla á V., mi querida tía?

LA SEÑORA ELETZKY, tras breve reflexión. Haces mal en estarte junto á la ventana, puedes constiparte.

MARÍA. ¡Ay tía! hace tanto calor...

LA SEÑORA ELETZKY. Pues á mí me parece que aquí circula el aire... ¿No es verdad que aquí circula el aire, señor Avakoff?

AVAKOFF, estremeciéndose y moviendo las manos como para repeler el aire. Sí, hace un aire frío, un aire...

LA SEÑORA ELETZKY. Mira, hija mía, vas vestida harto á la ligera; ponte otro vestido, créeme...

MARÍA. ¿Le parece á V., tía?

LA SEÑORA ELETZKY. Sí, sobrina.

MARÍA. Si esto es de su agrado me mudaré el vestido... (Se queda inmóvil por breve espacio: luego se acerca, riendo, á su tía y la besa.)

LA SEÑORA ELETZKY, riendo. Bien, bien, picaruela, ve á mudarte el vestido. (María sale por la puerta del tocador, Avakoff ríe también

y se estrega las manos, la señora Eletzky lo mira y se pone seria. Avakoff pa rece correrse. Mímica animada.)

## ESCENA VIII

La señora ELETZKY Y AVAKOFF

AVAKOFF. Jurara yo que hoy no está V. de muy buen humor, Nadejda Pavlovna...

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Quién se lo ha dicho á V.?... Al contrario... Siempre están fuera de lugar las observaciones de V.; siempre ve V. lo que no hay... (Sonriéndose.) Pongamos caso: ¿aquí se siente aire?

AVAKOFF, mirando á su interlocutora. ¿Y á V. qué le parece? ¿Quiere V. que sople ó no sople aquí un aire frío?

LA SEÑORA ELETZKY. Ya V. ve que...

AVAKOFF. De haber yo sabido que tenía usted tanto empeño en ver á ese pintor francés... Si á lo menos me hubiese V. avisado...

LA SEÑORA ELETZKY. Otra observación desatinada... No tengo ningún empeño en ver á ese francés... Eso se me da de él.

AVAKOFF, perplejo. ¿No ha enviado V. á Beleky en su busca para que con él vuelva inmediatamente?...

LA SEÑORA ELETZKY, tras una pausa. He enviado á Belsky... porque... porque me desplace verlo.

AVAKOFF. ¿Quién? ¿Belsky le desplace á usted?...

LA SEÑORA ELETZKY. (Hace con la cabeza una señal de afirmación.)

AVAKOFF. No puede ser.

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Por qué no puede ser?

AVAKOFF. Porque no puede ser. Recuerde V. que hoy, sin ir más lejos, á la mesa, se ha mostrado V. tan amable para con él... Y no solamente hoy, sino siempre, en Roma, durante el viaje, en Nápoles, aquí...

LA SEÑORA ELETZKY. En primer lugar, esto no es cierto.

AVAKOFF. ¡Cómo que no es cierto!

LA SEÑORA ELETZKY. En segundo lugar, me propuse mortificar á V...

AVAKOFF. ¡Bah! ya sabe V. mortificar sin eso á su antiguo amigo...

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Se queja V.?

AVAKOFF. Lo más mínimo... Únicamente he querido decir que las cosas no son como usted supone... que aquí hay gato encerrado...

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Qué gato es ese, si puede saberse?

AVAKOFF. Que Belsky la ha disgustado á usted hoy.

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Cómo podría haberlo hecho?... Además, ¿qué me importa á mi Belsky?

AVAKOFF, tras breve reflexión. Bien mirado, es cierto... le hace á V. una corte tan asidua...

LA SEÑORA ELETZKY. Por más que V. nos espíe... no ve V. pizca... A Belsky ni siquiera le ha pasado por la imaginación hacerme la corte...

AVAKOFF. ¿Dice V.?

LA SEÑORA ELETZKY. Si lo hubiese V. visto hoy en el paseo...

AVAKOFF. ¿Qué?

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Es posible que no haya V. observado hace tiempo que Beleky enamora á María?

AVAKOFF. ¡Belsky!

LA SEÑORA ELETZKY. Belsky, sí.

AVAKOFF, súbitamente. Es una añagaza...

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Eh?

AVAKOFF. Digo que eso es una añagaza, nada más que una añagaza... Es claro como dos y dos son cuatro... Es una añagaza, créame V... una añagaza que no ofrece novedad alguna... Se propone despertar los celos de V... es evidente...

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Qué está V. hilvanando ahí?

AVAKOFF. Es claro como la luz... Créame usted á mí, que soy de V. el más fiel amigo... ¡Qué caramba! no es esta la primera vez que nos vemos... A V. le consta mi acendrada amistad... Repito que todo eso es una añagaza, y nada más... ¿Hay en el mundo persona alguna á quien puedan preferir á usted?... ¡A mí con esas!... ¡Bah!...

LA SEÑORA ELETZKY guarda silencio y baja los ojos.

AVAKOFF, con timidez. ¿En qué está V. pensando, Nadejda Pavlovna?

LA SEÑORA ELETZKY. En que tengo en usted un amigo bueno y fiel. (Le tiende la mano.)

AVAKOFF, besando apasionadamente la mano de la señora Eletzky. Fidelísimo, Nadejda Pavlovna, un amigo á toda prueba...

LA SEÑORA ELETZKY. En cuanto á Belsky,... créame V., haga ó no haga la corte á María, me es del todo indiferente, como me es indiferente el fin que se propone al enamorarla.

AVAKOFF. Lo creo sin esfuerzo...

LA SEÑORA ELETZKY, interrumpiéndolo. Basta, no hablemos más de Belsky, nos pasamos ricamente sin él, ¿no es verdad?

AVAKOFF. ¡Qué bondadosa es V.! (Pausa.) Con todo, me queda contra V. cierto reconcomio...

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Porqué?

AVAKOFF. Porque no me ha invitado á salir á paseo con V... ¿Porqué no me ha hecho V. despertar?

LA SEÑORA ELETZKY. ¡Cómo sé que no le gusta á V. pasearse! Acuérdesse V. de Roma, en las catacumbas... á cada dos por tres temía ver V. caer víctima de una apoplegía fulminante al monge que nos conducía, y no le dejaba á V. el miedo de quedarse allí para siempre jamás...

AVAKOFF. ¿No me asistía la razón?

LA SEÑORA ELETZKY. Es V. cobarde.

AVAKOFF. Pero señora, si temí fué por usted... Además, hay muchas maneras de pasearse... A orillas del mar y en sereno día, ¿porqué no?... Pero ¿qué saca uno de ir, como el otro día, á unos baños subterráneos?... ¿Qué hay que ver allí?... Lodo... tinieblas... Y luego tiene uno que subirse en hombros de un necio que se nos burla en las barbas, porque nos halla pesados en demasía... Y para consolarnos nos dicen que allí se bañaban los cónsules romanos... ¿Me hace V. el favor de decirme qué puede interesarme á mí todo eso?

LA SEÑORA ELETZKY. V. prefiere los baños rusos, ¿no es verdad?

AVAKOFF. No se chancee V. sobre el particular, Nadejda Pavlovna...pronto estará V. también ahita de viajes, y hallará complacencia en regresar á su casa,... y todos esos signori, esos meinherr, y esos caballeros que visten americana y lucen perilla, y gesticulan como los micos, le serán á V. odiosos... (Contrahe las gesticulaciones de los extranjeros, provocando con ello la risa de la señora Eletzky.) Lo que más me pasma, es que V., con todo su talento, muerda en el anzuelo... Pero fíjese V. en ellos y verá V. que sus ojos dicen: «Son ustedes bárbaros, y si no fuese por su dinero...»

LA SEÑORA ELETZKY. Con perdón sea dicho, pero no creo que soliciten mis relaciones por amor á mis riquezas.

AVAKOFF. Peor todavía... Uno de esos chisgaravíes se acerca á V. con ademán vencedor... y aunque el tal debiera tenerse por el más venturoso de los hombre, toda vez que V. se digna permitirle que se le acerque... toma postura de conquistador... se esponja... perora en presencia de V. y mete el pulgar en su chaleco... ¡Y con qué desenvoltura!... Otro ni siquiera atina dónde meter el dedo... (Avakoff, riéndose, imita al galán.)

LA SEÑORA ELETZKY. Sosiégúese V., sosiégúese V... conozco el valer de todos esos señoree...

AVAKOFF. Ya sabe V. lo que se preguntan unos á otros los tales: «En qué te ocupas ahora?»—«En nada, amigo mío; galanteo á una princesa rusa.» Y simultáneamente da pataditas en el suelo y hace bailar la cadena de su reloj sobre su vacío estómago... «Sí, prosigue, una princesa rusa... me distraigo con ella... para matar el tiempo... ¿Entiendes; mío caro?

LA SEÑORA ELETZKY, con despecho. ¿A qué tantas palabras?... En otras cosas estoy pensando ahora, créame V...

AVAKOFF, tras una pausa y suspirando. Doy por sentado que piensa V. ahora en otras cosas...

LA SEÑORA ELETZKY, riendo. ¿Con qué siente V. no haber salido hoy con nosotras á paseo?

AVAKOFF. De veras.

LA SEÑORA ELETZKY. Pues vamos á pasearnos ahora los dos por el jardín. ¿Le place á V.?

AVAKOFF. De mil amores... (Busca su sombrero.)

LA SEÑORA ELETZKY. Aguarde V... paréceme que oigo los pasos de Belsky...

AVAKOFF. ¿Y qué le importa á V. eso?

(Belsky entra por la antesala)

## ESCENA IX

DICHOS Y BELSKY

BELSKY. ¡Uf!... ¡qué carrera! (Dirigiéndose á la señora Eletzky.) Señora, el pintor de V. ha partido.

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Qué pintor?

BELSKY. Toma, el señor Popelín, en busca del cual me ha enviado V... Hace media hora que ha salido para Nápoles...

LA SEÑORA ELETZKY. (Riéndose) Está V. echando los bofes... ¡Qué pillo es V.!...

BELSKY. ¿Yo?...

LA SEÑORA ELETZKY. V., sí... ¡ja! ¡ja ¡ja!... ¿No es verdad que el caballero hace cara de pillo, señor Avakoff?

AVAKOFF. Mía fe que sí... ¡ja! ¡jal ¡ja!

LA SEÑORA ELETZKY, á Avakoff. ¿Se viene V.?

BELSKY. ¿Adónde va V.?

LA SEÑORA ELETZKY. A pasearme por el jardín con el caballero. (Señalando á Avakoff.)

BELSKY. ¿Y yo?

LA SEÑORA ELETZKY. ¿V.? V. se queda aquí... Pero ¿cómo está eso tan oscuro? (Tira de la campanilla y entra el camarero, al cual dice): Traiga V. bujías... (Sale el camarero.) (A Belsky.) Si le parece á V... puede usted leer... Además, dejo á V. en compañía de mi sobrina... todavía no han concluido Vds. la conversación empezada hace poco... digo... Ahora, si prefiere V. salir nuevamente en busca del señor Popelín...

BELSKY mira con estupefacción á la señora Eletzky.

LA SEÑORA ELETZKY. No me mire V. con esos ojazos... ¡Es V. tan pillo!... ¡Ea, véngase V., señor Avakoff (Mira á Belsky)... ¡ja! ¡ja! ¡ja!

AVAKOFF. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... ¡En verdad! ¡ja! ¡ja! ¡ja!...

Salen la señora Eletzky y Avakoff; el camarero trae bujías encendidas y las deja sobre la mesa. Belsky, que se ha quedado inmóvil, levanta prontamente el brazo. El camarero, en la inteligencia de que aquél lo llama, se le acerca y le dice: ¡Celenza! pero al ver que Belsky no le hace caso, hace una cortesía y se va.)

## ESCENA X

BELSKY, solo.

¿Qué significa eso?... Un capricho... Preciso es confesar que esa mujer es muy antojadiza, aunque inteligente, burlona y guapa. Pero ya nada me importa á mí todo eso... Es verdad que cuando, hace tres meses, la encontré en Roma, me trastornó los sesos, y que aun ahora, en su presencia, no estoy del todo tranquilo... Pero aquí en mi corazón... Hame dicho la buena señora que me deja con María... ¿Dónde está María?... (Pausa.) La señora Eletzky me ha manifestado que puedo leer, si así me place... Pero ¿quién lee en una velada tan serena?... ¡Y después de una conversación como la de hace poco!... (Se llega á la ventana.) ¡Qué noche más esplendorosa!

(María sale del tocador, mira por breve espacio á Belsky, y avanza hasta el centro de la Escena.)

## ESCENA XI

MARÍA, BELSKY, y poco después, un IMPROVISADOR.

BELSKY, reparando en María. ¡Ah! ¿es V., María Petrovna? ¿dónde estaba V.?

MARÍA, señalando el tocador. Mi... mi tía me ha dicho que me mudase el vestido.

BELSKY, mirándola. Apostara yo que es el mismo...

MARÍA. Mi tía me ha encargado que me pusiese otro vestido para quedarse ella á solas con el señor Avakoff... Pero ¿dónde está mi tía?

BELSKY. En el jardín, con el Sr. Avakoff.

MARÍA. ¿Cómo no ha ido V. con ellos?

BELSKY. Porque he preferido quedarme aquí.

MARÍA. ¿En realidad de verdad? (Se sienta.)

BELSKY. La señora Eletzky me ha dicho que me quedase.

MARÍA. Ahora comprendo... Pobre Alejo Nicolaevitch... Lo compadezco á V...

BELSKY. (Tomando asiento junto á la joven.) ¿Por qué? ¿V. se figura que envidio la suerte del señor Avakoff?

MARÍA. ¿Quiere V. decir que no?

BELSKY. Señorita, veo que también V. sabe ya disimular...

MARÍA. No le comprendo á V... El señor Avakoff es hombre de prendas, ¿no es verdad?

BELSKY. Sí.

MARÍA. Es grande amigo de mi tía.

BELSKY. Razón por la cual la señora Eletzky debiera no apesadumbrarlo como lo hace... Su señora tía de V. es excelente, pero por demás coqueta.

MARÍA, mirando á su interlocutor. Confiese V. que... que siente mucho que lo hayan dejado solo.

BELSKY. ¿Otra vez?

MARÍA. No tenía V. antes tal opinión de mi tía.

BELSKY. Antes... No, en verdad... Recuerdo que conocí á V. el primer día de carnaval. Estaba V. en un balcón del Corso, con su tía, la cual me causó una impresión que no he olvidado...

MARÍA. También yo me acuerdo: V. le arrojó desde la calle y valiéndose de un aparato ingeniosísimo, un ramo de flores... Mi tía, al principio se asustó, pero después rióse y tomó las flores...

BELSKY. ¿Recuerda V. aquel gentleman tan alto, hijo de un lor? Estaba sentado junto á ella y bufaba de celos, pero con dignidad, como un majadero.

MARÍA. Me acuerdo, me acuerdo.

BELSKY. Pero ya pasó... Y sin embargo todavía no hace de eso tres meses... Pero después comprendí que todas las seducciones de la coquetería femenina nada son comparadas con el púdico hechizo de la juventud...

MARÍA, muy turbada. ¿Qué quiere V. decir?

BELSKY, no menos turbado. Nada... (Pausa.) ¿Qué ha leído V. hoy?

MARÍA. Un libro de Schiller.

BELSKY. ¿Cuál, si me es permitido preguntarlo?

MARÍA. «Juana de Arco.»

BELSKY. Es un drama admirable. (Aparte). ¡Qué torpe soy! (Se levanta y se encamina á la ventana.)

MARÍA, tras una pausa. ¿Qué está V. mirando, Alejo?

BELSKY. El cielo, las estrellas, el mar. . ¿Oye V. el vago y lánguido mugir de las olas? ¿Nada dicen á V. esa calma, ese aire, la luz de la luna, esa noche divina?

MARÍA, levantándose. ¿Y á V. qué le dicen?

BELSKY, turbado. ¿A mí? ¡Si V. supiese!

MARÍA, sonriéndose. Vamos á ver, explíquese V.

BELSKY, aparte. Esto es intolerable... Ha de tenerme por un zoquete... El corazón me palpita... quiero hablar... decirle... y no puedo... Si á lo menos viniese ahora algo en mi ayuda, en este instante... (Se oyen, fuera, los acordes de una guitarra.)

MARÍA. ¿Qué es eso?

BELSKY, tendiéndole la mano con emoción. No sé... escuche V... Será un improvisador. (El improvisador canta una serenata. María y Belsky escuchan inmóviles, y al concluir la primera estrofa Belsky se llega presuroso á la ventana y grita: ¡Bravo! ¡bravo!)

LA VOZ DEL CANTOR. Qualcha cosa per il músico, signore...

MARÍA, acercándose á Belsky. Echele V. una moneda.

BELSKY. Aguarde V. Si se la arrojase suelta no la vería. (Saca una moneda, la envuelve en un pedazo de papel, y en aplicando éste á la llama de la bujía, lo arroja por la ventana.)

LA VOZ DEL CANTOR. Grazie, grazie... (Canta otra estrofa, que María y Belsky escuchan desde la ventana. Al concluir, Belsky grita: ¡Bravo! y le arroja otra moneda... María intenta salir del aposento, pero Belsky le ase la mano.)

BELSKY. Aguarde V., María; hasta ahora no hemos hecho más que pagar al artesano, ahora quiero recompensar al artista. (Coje una de las bujías de la mesa)... Acérquese V., voy á alumbrarla. (María hace una ligera resistencia, y acabando por ceder, se acerca á la ventana.)

LA VOZ DEL CANTOR. ¡Ah! ¡che bella ragazza!

MARÍA, alejándose ruborizada. ¿Qué ha hecho V.?

BELSKY, deja la bujía sobre la mesa. No, no puedo por más tiempo guardar silencio; esa canción inesperada, esa suave voz italiana... en el instante en que mi corazón se abría por sí... No, no puedo por más tiempo guardar silencio...

MARÍA, conmovida. ¡Alejo!

BELSKY. Sé que estoy loco... que V. no me perdonará... pero acabóse el fingir... María, la amo á V., la amo con delirio...

MARÍA, guarda silencio y baja los ojos.

BELSKY. Sí, la amo á V... V. ha podido advertirlo hace ya largo tiempo... y ahora, si se niega V. á ser mi esposa, sólo me queda salir de Sorrento cuanto antes para huir lo más lejos posible... Veo que con mi precipitación he comprometido quizá mi dicha... pero no es mía la culpa... sino de ese cantor. María, dígame V. si he de quedarme... si he de revolverme contra el cantor ese ó si he de bendecirlo eternamente.

MARÍA. En verdad... no sé...

BELSKY. ¡Oh! diga V., diga.

MARÍA. Veo difícil revolverse contra el cantor...

BELSKY, cociéndole la mano. ¡Gran Dios! ¿es posible? ¿Conque puedo?...

MARÍA. Yo... pero ¿qué va á decir mi tía?

BELSKY. ¿Qué? Dará su consentimiento. Ahí viene... Estoy seguro de que aprobará... Verá V.

MARÍA. ¿Qué hace V., señor Belzky?

BELSKY. Nada, nada... Verá V...

(María se esfuerza en retener á Belsky. La señora Eletzky y Avakoff regresan del jardín.)

## ESCENA XII

DICHOS, LA SEÑORA ELETZKY Y AVAKOFF

AVAKOFF. ¿Por qué tiene V. tanta prisa en recojerse, Nadejda Povlovna?

LA SEÑORA ELETZKY. Ya es hora de ver lo que hacen los dos allí.

BELSKY, saliendo presuroso al encuentro de la señora Eletzky.  
¡Señora!

LA SEÑORA ELETZKY, con frialdad. ¿Qué le pasa á V.?... me ha asustado... (Avakoff mira con asombro á Belsky.)

BELSKY. Estoy turbadísimo, señora; pero no haga V. caso... Me es imposible represarme por más tiempo... Pido á V. la mano...

AVAKOFF. ¡Válgame Dios!... ¡Todo está perdido! {Cae en un sillón}.

BELSKY. La mano de su sobrina María.

LA SEÑORA ELETZKY, con estupefacción. ¿La mano de mi sobrina?

AVAKOFF. ¡Cómo! (Levántase apresuradamente)... ¿Solicita V. la mano de la señorita María?... Consiento... consiento... apruebo la elección de V... ¡Hijos míos!... denme ustedes las manos... (Coje la mano de María y la une á la de Belsky.) Los bendigo, amigos míos... Vivan Vds. largamente en paz y prósperamente, y multiplíquense...

LA SEÑORA ELETZKY. Poco á poco, señor Avakoff. ¿Se ha vuelto V. loco? ¿Qué significa todo eso?... Yo no entiendo pizca... ¿V., señor Belsky, me pide la mano de María? ¡Usted!

BELSKY. Yo, sí, señora.

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Y ella?

BELSKY. No dice que no.

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Nada dices, María?

AVAKOFF. Pero señora, ¿qué quiere V. que diga la niña? ¿V. cree que eso pasa sin su consentimiento?

LA SEÑORA ELETZKY. Como quiera que sea, V. tiene la culpa de lo que ocurre... (A Belsky.) Confieso que la petición de V. me sorprende, y mucho, por lo inesperada; pero quiero no levantar obstáculos á la felicidad de mi sobrina, si usted puede labrar su ventura.

BELSKY. ¿Así pues consiente V.? (Besa la mano á la señora Eletzky.)

AVAKOFF. ¡No ha de consentir!... ¡Viva! ¡Señorita María! Acérquese V.

MARÍA, acercándose á la señora Eletzky. ¡Querida tía!

LA SEÑORA ELETZKY. Bien, bien. (Da á María una cariñosa palmada en la mejilla.) Eres mi sobrina... (A Avakoff.) Ya ve V. cuán acertadas eran sus conjeturas...

AVAKOFF. No me jacto absolutamente nada de ellas, señora; soy falible como todo hijo de madre. Sólo respondo de una cosa, y es de mi adhesión incondicional á V., adhesión inmutable, eterna... ¡Ah! señora, si nosotros...

LA SEÑORA ELETZKY. ¿Qué?

AVAKOFF. Si como estos jóvenes, nosotros...

LA SEÑORA ELETZKY. ¡Estos jóvenes! Hable por V., señor Avakoff; yo no me tengo por vieja.

AVAKOFF. Ya me comprende V., señora... Luego nos volveríamos á nuestra tierra... y ¡qué dichosos seríamos!...

LA SEÑORA ELETZKY. No digo lo contrario... ¿pero iremos, antes, á París?

AVAKOFF. ¿A París?... ¡Qué! ¿se pasa por París para ir á Saratoff?

LA SEÑORA ELETZKY. Como quiera que sea, iremos á París... Allí se casarán Belsky y mi sobrina.

AVAKOFF. Allí nos casaremos todos, y después, á casa.

LA SEÑORA ELETZKY. Sobre el asunto, aun nos falta que hablar. (Pausa.) Pero nunca olvidaré esta noche en Sorrento.

BELSKY, Ni yo.

MARÍA. Ni yo.

AVAKOFF. Nadie la olvidará.

LA SEÑORA ELETZKY. Poco á poco, caballero... hable por V.

**FIN**

... The rest is silenci

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**